BOLSILIBROS BRUGUERA

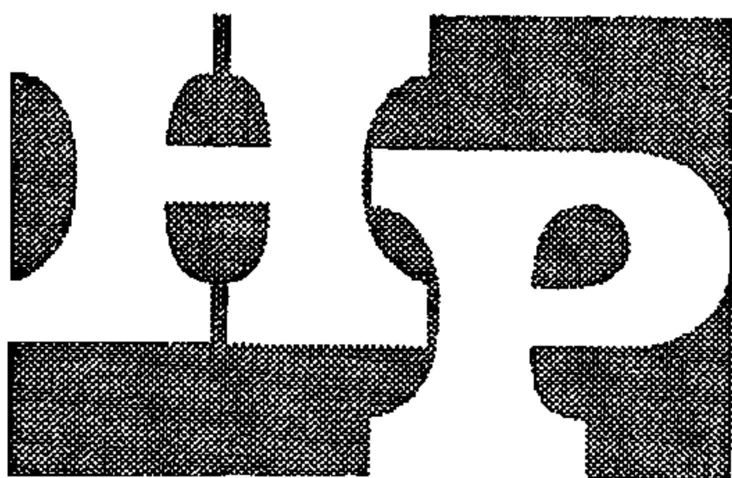
OESTE

SERIE HEROES DE LA PRADERA

Silver Kane

¡ LLEGO LA MANADA !







Héroes de la PRADERA



Silver Kane

¡LLEGO LA MANADA!

Colección
HÉROES DE LA PRADERA Nº 243
Publicación semanal
Aparece los JUEVES

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
BARCELONA-BOGOTA-BUENOS AIRES-CARACAS-MEXICO

ISBN 84-02-02524-2

Déposito Legal B 26423-1974

Impreso en España - Printd in Spain

2.ª edición: agosto, 1974

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1970

CAPÍTULO PRIMERO

La gran manada acababa de llegar de Kansas City.

Durante semanas enteras había estado avanzando hacia el norte, desde las inmensas llanuras de Texas. Durante noches interminables los hombres que la conducían no habían visto un techo, ni una mujer, ni bebido una gota de licor, excepto la magra ración de ron de mala calidad que se les proporcionaba los domingos.

Ahora, a la llegada a Kansas City, eran como fieras a las que se ha soltado.

Algunos establecimientos habían cerrado incluso, porque no querían saber nada con aquella turba. Durante los últimos días no se había hablado más que de la gran manada, que estaba a punto de llegar, y de los destrozos que todo aquello ocasionaría. La llamaban «la gran manada» porque comprendían las reses de varios importantes ranchos de Texas, que se unían en el transporte para así luchar mejor contra los cuatreros. Aquella conducción equivalía a seis o siete conducciones ordinarias, y si ya una de ellas era tumultuosa, fácil resultaba imaginarse lo que la «gran manada» podía significar para la ciudad.

En ésta había comentarios para todos los gustos.

—Va a ser la destrucción. Dicen que llegan al menos cincuenta vaqueros, elegidos entre los más violentos.

—Pero se dejan el dinero a manos llenas…

—Tonterías. El año pasado fue el primero en que la gran manada llegó aquí. Incendiaron tres casas, mataron a once hombres e incluso llegaron a colgar a una chica.

—Por eso el *sheriff* ha tratado de reunir comisarios.

—Y no se ha presentado nadie. Es estúpido eso de morir sólo porque a uno le pongan una chapa en la camisa.

—La Junta de Vecinos debió haber prohibido que la gran manada se detuviese aquí.

—¿Cómo impedirlo? En Kansas City empieza el ferrocarril, y aquí embarcan las reses. El tren nos ha traído el progreso, pero también nos va a traer la ruina.

—Además, serían capaces de arrasar Kansas City si no les dejáramos entrar en ella.

Todos estos comentarios circulaban de un lado y otro de la ciudad, y hacían que creciese un silencioso y secreto pánico.

La gente recordaba los desmanes del año anterior, y no se atrevía a enfrentarse otra vez con los excesos de «la gran manada».

La noche anterior a la de su llegada, cuando circularon las noticias de que estaba acampada a sólo diez millas de la ciudad, muchos establecimientos cerraron.

Los almacenes atracaron sus puertas, porque no querían exponerse a un saqueo general.

Los dos Bancos de la ciudad anunciaron que no abrirían, porque los vaqueros no iban a ingresar dinero, sino a gastarlo de la forma más violenta posible.

De los cuatro *saloons*, tres empezaron una semana de vacaciones precisamente aquella noche.

Todo el mundo prefería no ganar dinero antes que exponerse a la destrucción o a la muerte.

El *sheriff* atrapó una borrachera ya veinticuatro horas antes, para tener valor al día siguiente, o en el peor de los casos no darse cuenta de nada.

Sólo tres lugares anunciaron que seguirían abiertos, y los tres bien distintos. Uno de ellos fue la iglesia.

El pastor de almas anunció que él no impediría jamás la entrada a quien quisiera acercarse a la casa de Dios.

Aunque, desde luego, la posibilidad de que aquellos tipos fuesen a Kansas City a rezar era extraordinariamente improbable.

Los otros dos establecimientos que anunciaron seguirían abiertos fueron el *saloon* de Ketty Ramsay y la casa de juego de Mike Turner.

La gente murmuraba:

—Quieren ganar dinero como sea.

—Esa Ketty Ramsay no tiene vergüenza.

—Ni miedo.

—Mike Turner explotará a los vaqueros borrachos. ¡Por eso abre!

—Y la Ramsay…, ¡menuda pájara! ¡Se atreve a abrir a pesar de que el año pasado ahorcaron a una de sus chicas!

—Desde que murió su marido se ha vuelto peor.

Tal era el ambiente en la tumultuosa ciudad de Kansas City la noche del 24 de marzo, cuando se anunció que los conductores de la gran manada iban a llegar de un momento a otro, porque sus jefes les habían dado las dos cosas que más anhelaban en aquellos momentos: la libertad y la paga.

* * *

La noche era tranquila.

Sobre el firmamento limpio, sereno, titilaban millones de estrellas.

El aire que llegaba de la llanura empezaba ya a ser cálido, sensual, pegajoso.

En el *saloon* de Ketty Ramsay todas las luces estaban encendidas.

El gran cartel situado sobre la entrada, un cartel rojo con artísticas letras amarillas anunciaba:

KETTY RAMSAY TIENE PARA USTED LAS MEJORES CHICAS DE LA CIUDAD

Y era cierto.

Todas las mujeres de vida alegre de la comarca se consideraban afortunadas si podían trabajar en el *saloon* de Ketty. Allí sólo eran admitidas las más jóvenes y las más bonitas.

Ganaban dinero.

Durante el año, los ganaderos que frecuentaban Kansas City para la contrata de carne paraban sin excepción en el *saloon* de Ketty Ramsay y se dejaban montañas de dólares.

Los conductores de las manadas también.

Solían armar jaleo, pero se domesticaban bastante ante los revólveres del *sheriff* y la belleza de las chicas.

Sólo los de la gran manada eran indominables.

Eran demasiados y escogidos entre lo peor. Sabían que en el

primer momento no habría chicas para todos, y que la gente era reacia a servirles alcohol. Eso les volvía locos.

Por eso el ambiente era tenso en el *saloon* cuando Ketty dijo:

—Vamos, chicas. Preparadas.

Todas descendieron poco a poco las solemnes escaleras que llevaban a la planta baja.

Eran quince, todas hermosísimas, y todas vestidas de parecido modo, con un ceñido vestido de falda abierta por un costado, mostrando el subyugador contraste del muslo blanco con la media negra.

Parecían un desfile de modelos para un público invisible, bajo las luces de las grandes lámparas, que quedaban un poco espectrales en la enorme sala vacía.

Ni un solo cliente se había presentado allí. Todos dejaban el campo libre a los conductores de la «gran manada».

Ketty era quizá la más resplandeciente de todas aquellas chicas, pese a ser la de más edad.

Sólo ella vestía de negro.

Se había reservado en exclusiva aquel color desde la muerte de su marido, acaecida en accidente un año antes. Pero el negro sentaba bien a sus formas opulentas y a su figura majestuosa de mujer que subyugaba y hacía estremecer a los hombres.

Aunque unos años mayor que sus jovencísimas pupilas, resultaba sin embargo más atractiva que cualquiera de ellas. También sabía vestir con más picardía, hacer sus gestos sensuales y provocadores.

Cuando todas llegaron a la planta baja y se situaron en lugares estratégicos, unas apoyadas en la barra, otras sentadas indolentemente y con las piernas cruzadas, para esperar a los clientes, Ketty notó que estaban muy nerviosas.

—¿Qué os ocurre? No hay para tanto. Esos hombres llegarán, se divertirán un poco y gastarán dinero a manos llenas. En un par de noches vais a ganar tanto como en dos meses de trabajo.

—No es lo mismo.

Rosanna, una de las más jóvenes, la miraba fijamente.

—¿Por qué no es lo mismo?

—Ninguna de nosotras puede olvidar las brutalidades del año pasado. La segunda noche, sobre todo, cuando la mayoría estaban borrachos, fue terrible y a ninguna se nos borrará de los ojos la

figura de Laura, cuando la colgaron de esa lámpara.

Señaló con el mentón la más grande de las que había en el *saloon*. Una lámpara de hierro forjado a la que, desde entonces, todas la llamaban ya «la lámpara de la muerta».

—Eso no volverá a suceder —aseguró Ketty.

—¿Quién dice que no? ¿Cómo nos lo garantiza? Conrad, el hombre que lo hizo, viene este año también con la manada.

—¡Vosotras qué sabéis!

—Nos hemos enterado. Un viajero asegura que lo vio anoche. Y tenía un aspecto más siniestro que nunca.

Las voces y la excitación aumentaban. Ahora eran varias las que hablaban a la vez. Ketty Ramsay se dio cuenta de que podía perder en cualquier momento el control de la situación.

—¡Vosotras tenéis un contrato! —chilló—. ¡Debéis trabajar aquí! ¡No podéis abandonarme ahora!

—Debimos cerrar, como han hecho los otros —gimió Rosanna—. No vale la pena exponer la vida por un puñado de dólares.

—El negocio gana en estos días más que en medio año —dijo secamente Ketty.

—Sí, pero el negocio es suyo.

—Su marido —susurró Mary, una provocativa rubia— tenía más atenciones con nosotras. Era más simpático.

—Mi marido no era un buen negociante. Y además ha muerto.

—De eso nos quejamos.

—¡Basta!

La que estaba junto a Mary, una morenita llamada Silvia, musitó al oído de su amiga:

—Déjala… No le menciones a su marido. Ya sabes que ella se moría de celos porque decía que iba detrás de alguna de nosotras. Hasta el recuerdo de eso le molesta.

—Y era verdad —musitó Mary con una nostálgica sonrisa—. A mí siempre me decía que me amaba apasionadamente. En fin… ¡qué le vamos a hacer! Aquéllos eran otros tiempos.

En ese momento, el rumor de sus voces fue ahogado por el trote de un caballo que avanzaba a lo largo de la calle principal.

Todas guardaron un insólito silencio.

Sus rostros palidecieron. En algunas frentes se insinuaron unas gotitas frías de sudor, porque sabían lo que aquello significaba.

Llegaba el «explorador».

Cuando los conductores de manada se temían una mala recepción en alguna ciudad, solían destacar a alguno de ellos para olisquease el «ambiente», antes de hacer ellos su entrada triunfal a sangre y fuego.

El rumor de los cascos del caballo se detuvo justamente a la entrada del *saloon.*

Un silencio impresionante rodeaba la ciudad entera.

Hubiera podido oírse el vuelo de una mosca.

Todas captaron entonces el relincho de un caballo, y luego el sonido cantarino de unas espuelas que avanzaban hacia los batientes.

Éstos fueron empujados desde fuera.

Un joven alto, más bien delgado, pero con los hombros cuadrados y fuertes, los músculos bien marcados y unas ropas vaqueras cubiertas de polvo, entró en el local.

Quedó boquiabierto al verlo vacío de público, y con aquella docena de beldades que estaban haciendo exhibiciones de piernas sólo para él.

Paralizado en la puerta, gruñó:

—¿Qué es esto? ¿La entrada al paraíso de Mahoma?

Tenía acento tejano.

Ketty Ramsay le miró con atención.

Llevaba dos revólveres y un cuchillo. Tenía el clásico aspecto del luchador de la pradera. Pero ella tenía suficiente ojo para saber que se trataba de un luchador solitario. De ningún modo podía ser un elemento de las manadas que se había adelantado a sus compañeros.

—¿Cuál es su nombre, forastero? —preguntó.

—Me llamo Henry.

—¿Tejano?

—Se nota, ¿no?

—En el acento y en el modo de andar. Los tejanos sois más calmosos. Arrastráis las palabras y arrastráis los pies.

—Y a veces también arrastramos los cadáveres de nuestros enemigos. Todo es cuestión de suerte.

—¿No vienes con la manada?

—No, aunque he visto a grandes grupos que se dirigían hacia

aquí. ¿Qué pasa con la ciudad? Esto parece una tumba.

—Todo el mundo ha cerrado menos nosotras —dijo Hosanna—. Se tiene miedo a los vaqueros.

—Pues los que entren aquí van a quedar muertos —rió Henry—. Nunca he visto caras tan bonitas ni piernas tan descomunales. ¿No puedo quedarme aquí un rato? Quisiera beber un poco de *whisky*… por favor.

La sonrisa agradable del forastero y sus ademanes educados, hicieron que la tensión pareciera calmarse un tanto.

La docena larga de chicas olvidaron por unos instantes que se acercaba la gran manada.

Mientras uno de los temblequeantes mozos de la barra acercaba una botella a Henry, las chicas murmuraron en voz baja acerca del tipo del forastero, uno de los más atractivos, desde el punto de vista de las muchachas, que últimamente se habían visto por aquella comarca.

El bebió lentamente, mientras sonreía a todas por turno.

Al parecer, no quería comprometerse con ninguna en concreto. O quizá el muy sinvergüenza se quería comprometer con todas.

En ese momento comenzó a oírse un sordo y solemne rumor, cada vez más concreto, como el de una tempestad que avanzase.

Era el rumor de docenas de caballos que avanzaban al trote corto a la entrada de la ciudad. Casi se adivinaba el esfuerzo de los vaqueros para retenerlos, antes de lanzarlos a un desenfrenado galope.

Los hombres de la gran manada estaban allí.

Pronto el infierno iba a desencadenarse sobre Kansas City, pronto iban a empezar las horas del dinero fácil, de la muerte y de la violencia.

El silencio volvía a ser absoluto, a excepción de aquella especie de trueno lejano que cada vez se iba haciendo más intenso.

Todas las chicas miraban hacia la puerta.

El sudor frío había vuelto a aparecer en sus sienes, en sus frentes.

Sólo Henry, el tejano, bebía pacíficamente, sin darse cuenta de nada.

De pronto la tempestad se desencadenó. A la entrada de la ciudad los vaqueros habían dado suelta a las riendas de sus

caballos, clavando salvajemente las espuelas en los ijares de éstos. Un terrible alarido se elevó, partiendo a la vez de más de cuarenta gargantas.

Los revólveres empezaron a disparar al aire.

Una tempestad terrible, violenta, arrolladora, se desencadenó sobre las calles de Kansas City, antes parecidas a las silenciosas avenidas de un cementerio.

Los alaridos se hicieron ensordecedores, el olor a pólvora empezó a flotar en las calles y a penetrar en el *saloon* como un aroma acre, áspero y obsesionante.

Todas las chicas sabían lo que iba a ocurrir.

Los vaqueros darían una vuelta entera a la ciudad, disparando contra los faroles y las puertas, y luego se irían repartiendo por los diversos locales. Pero como solo dos de ellos estaban abiertos, la oleada humana penetraría brutal e íntegramente por aquellas puertas.

Esto no tardó ni tres minutos en producirse.

Entre nuevos disparos y terribles relinchos de los caballos, éstos se fueron deteniendo ante el local. Los vaqueros empujaron los batientes. Las muchachas fueron materialmente arrolladas, la barra fue tomada por asalto, y pronto comenzó a oírse la rotura de las primeras botellas y el rasgarse de los primeros vestidos.

La única que permanecía inaccesible era Ketty Ramsay, la dueña del local.

Situada en un ángulo de la barra, teniendo para su exclusiva protección un camarero que acariciaba un rifle, conseguía que los vaqueros, aún no borrachos, se decidieran de momento por presas más fáciles.

Henry, el tejano, seguía bebiendo tranquilamente.

Debía parecerle muy natural que los vaqueros quisieran divertirse un poco, y con su actitud daba la sensación de haber estado en sitios todavía peores.

Además, de momento no había ocurrido nada grave.

Las chicas procuraban reír y tomarse con buen humor aquello. Bebían jubilosamente con los vaqueros en la enorme barra. Sabían que cada botella descorchada significaba para ellas un buen tanto por ciento. Si el gasto había sido abundante, Ketty Ramsay haría que se contabilizaran incluso las botellas rotas.

De pronto alguien más entró en el local.

Era un tipo más bien bajo, fuerte y velludo como un oso y con unos ojillos pequeños que miraban a todos lados burlonamente.

Un silencio brutal y repentino se hizo al entrar él.

Todas las chicas del *saloon* le habían reconocido.

Las risas cesaron. Hasta los mismos vaqueros empezaron a guardar silencio, asombrados por la actitud de sus compañeras.

Rosanna musitó:

—Conrad…

Sabía que el año anterior, cuando Laura fue colgada de la lámpara por Conrad, éste había empezado a meterse con ella, con Rosanna, que era la muchacha que le gustaba más. Laura tuvo la desgracia, o la mala ocurrencia, de intervenir entre los dos y de insultar a Conrad por sus groserías. El resultado ya lo habían visto todos. Luego Rosanna había tenido que consentir que Conrad la arrastrase a una de las habitaciones. Ella, demasiado cobarde y demasiado mezquina, no había tratado de defender a su amiga cuando Conrad le ponía la cuerda al cuello y ella gemía, desesperada, pidiendo que alguien la ayudase.

A veces Rosanna, durante las noches, aún creía oír sus gritos. Se despertaba entonces, sobresaltada y sudorosa, y entonces deseaba morir o creer que todo aquello era una pesadilla irreal, que Conrad, en verdad, no existía.

Pero ahora lo tenía de nuevo frente a ella.

Conrad, más brutal y cínico que nunca, la miraba con sus ojillos burlones.

—Estás más guapa, Rosanna…

Puso sus manos velludas en la cintura de la muchacha. Los dos vaqueros que estaban con ella se apartaron, porque todo el mundo temía a Conrad, uno de los más crueles y eficaces jefes de manada. Rosanna sintió frío al sentir que aquellas manos se deslizaban lenta y sabiamente por su cintura, buscando las morbideces de su cuerpo.

El horror la paralizaba.

Aquellas manos que habían matado a Laura le producían una mezcla de asco y horror imposible de soportar. Estaba quieta como una estatua, rígida, haciendo desesperados esfuerzos para contener el equilibrio de sus nervios.

Pero de pronto no pudo más.

Cuando los labios de Conrad fueron hacia su cuello, el horror fue más fuerte que ella, y Rosanna se puso a chillar como una loca.

Conrad la sujetó por los hombros. La sacudió brutalmente.

—¡Calla, imbécil! ¡Calla de una maldita vez!

Intentó besarla en la boca. Los dedos trémulos de Rosanna recorrieron febrilmente la barra y encontraron una botella. Fracciones de segundo le bastaron para romperla en la cabeza de Conrad.

Se oyó un grito unánime, mezclado al rugido del pistolero.

Luego el silencio se hizo espantoso, espeso, casi palpable.

Conrad no se había inmutado al recibir el terrible impacto. Lo que hubiera matado a otro hombre, para él no había sido más que una caricia más o menos fastidiosa.

Peros sus facciones sí que habían cambiado. El licor y la sangre resbalaban por su rostro velludo, donde los ojos brillaban y el labio inferior colgaba como un pingajo.

—Parece como si no recordaras lo que sucedió a tu amiga… —musitó.

Conrad siempre llevaba un lazo colgando de su cintura. Empezó a hacerlo pasar entre sus dedos lentamente, mientras miraba a Rosanna con ojos inyectados en sangre.

Ésta se dio cuenta, con infinito horror, con infinito pasmo, de que no era más que una condenada a muerte.

Nadie la ayudaría. El *sheriff* no aparecería por allí hasta que los de la gran manada hubieran marchado. Seguramente en estos momentos estaba borracho debajo de una mesa.

Las otras muchachas la miraban impasibles. Estaban demasiado asustadas para atreverse a intervenir. Todas recordaban lo que le había sucedido a Laura el año anterior, por meterse a redentora.

Los vaqueros tampoco intervenían. En parte temían a Conrad, y en parte porque la ejecución pública de una mujer bonita les parecía un espectáculo interesante para empezar bien aquella diabólica noche.

Su única esperanza estaba en Ketty Ramsay. Ella no consentiría que aquello volviera a suceder otra vez.

Pero Ketty Ramsay estaba impasible. Envuelta en el silencio impenetrable que ahora llenaba la sala, bebía lentamente, con la mayor indiferencia, un vaso de *whisky*. Sus ojos hermosos, pero

inhumanos, no reflejaban el menor sentimiento.

Conrad pasó un extremo del lazo por encima de la lámpara, la cual tenía forma de un gran arco suspendido del techo.

Rosanna quiso huir, aprovechando aquel momento, y gateó desesperadamente por las escaleras, pero Conrad la sujetó por una pierna y la arrastró hacia abajo, entre las risotadas de los vaqueros. Los ojos de algunos de ellos brillaban al ver así, con tanto detalle, lo bonita que era Rosanna.

Ésta gemía, pataleaba, se revolvía, pero era inútil.

La terrible fuerza de los brazos de Conrad dominaban todos sus gestos. Al contrario, la resistencia aún parecía enardecer a aquel gorila sediento de muerte.

Los gritos de Rosanna pronto fueron sustituidos por un llanto corto, entrecortado, estéril.

Ya tenía la cuerda al cuello. Ahora cualquier movimiento brusco podía hacer que se ahorcara a sí misma.

Entre un silencio espantoso, hombres y mujeres habían formado un círculo.

—Pronto va a bailar —dijo Conrad—. ¡Será la mejor bailarina de Kansas City…!, ¡y la que subirá más alto! ¡Atentos!

Fue a tirar de la soga, pero en ese momento se oyó la voz aburrida de Henry, el tejano.

—Aquí falta un detalle —dijo lentamente. Todos los rostros se volvieron hacia él, incluso el de Conrad.

—¿Cuál?

—Hay que entonar una canción, hay que dar solemnidad a esto. Al fin y al cabo no todos los días se ahorca a alguien en un *saloon* ¿Recordáis aquella canción que se titula: *Ay, nena, tu padre es el verdugo*?

Sonó una carcajada unánime.

Voces roncas empezaron a entonar aquella canción, muy famosa en todo el Oeste central aquel año, y que trataba de una muchacha que iba ahorcar a un hombre, sustituyendo a su padre, el verdugo.

Rosanna miró al tejano con extrañeza y con odio.

Había creído que aquel hombre era distinto. Había pensado que no era una fiera como los otros.

Las voces resonaban con cierta solemnidad, como en un funeral. Henry gritó:

—¡Fuerte, más fuerte! ¿Es que pensáis que Conrad puede morir ahorcado sin que se le despida dignamente?

Todas las voces cesaron de pronto.

Los rostros se volvieron hacia él. Unos rostros estaban sudorosos, otros lívidos. Las bocas abiertas tenían un aspecto cómico. Dio la sensación de que el silencio podría cortarse otra vez con un cuchillo.

—¿Qué… qué dice? —balbució Conrad.

—Oh, nada… Que voy a ahorcarle a usted, amigo. Es algo feo, pero quedará estupendo como adorno de esa lámpara.

Conrad quedó un momento asombrado, pero luego empezó a reír.

Todo aquello le parecía absurdo.

Que alguien le desafiara estando delante de todos sus hombres, era como para mondarse.

Aquel imbécil de acento tejano quería, por lo visto que no sólo muriera la chica. El pensaba acompañarla.

—Voy a darte facilidades, forastero —dijo con suavidad—. Si quieres seguir vivo, lárgate de aquí.

—Ya ves, tú me das facilidades y yo no te doy ninguna. Yo pienso matarte de todos modos, te largues o no.

—¿Es que te disgusta que quiera colgar a esta chica?

—¡Uf! Una barbaridad.

—¿Por qué no lo has dicho antes?

—Porque aún no había terminado mi *whisky*. ¡Diablos! ¿Es que uno no puede ya ni beber tranquilo, antes de ponerse a despachar gente?

Conrad se dio cuenta de que aquel fulano iba en serio.

Nunca había visto a nadie tan loco como él, pero fuese como fuese tenía que resolver aquello.

Desenfundó su cuchillo y avanzó hacia Henry, pero éste no le dio tiempo para nada.

Lo primero que hizo fue arrojarle a la cara el contenido de un vaso de *whisky*. Mientras el otro cerraba los ojos, momentáneamente cegado, el tejano movió una de sus largas piernas y propinó un puntapié a la mano armada de Conrad. El cuchillo saltó por los aires.

Funcionando sin prisa, pero también como una máquina que no

puede pararse, el tejano tomó una silla y la partió en tres pedazos encima de la cabeza de Conrad.

Éste quedó aturdido. No acertó ni a sacar el revólver, aunque aún se mantuvo en pie.

Rosanna se había librado de la soga y contemplaba aquello con ojos obsesionados, al igual que todos los que en aquel momento se encontraban en el *saloon.*

Henry no dejó que su enemigo reaccionara.

Lo sujetó por el cogote y lo estrelló de cara dos veces contra la barra, aplastándole la nariz y deshaciéndole el rostro.

Conrad empezó a aullar.

Se dio cuenta de que estaba perdido e intentó llegar hasta la escalera, haciendo los mismos gestos de desesperación que poco antes había hecho Rosanna.

Henry también lo sujetó por una pierna y lo arrastró hacia abajo, entre las risas de las mujeres y las de algunos vaqueros que odiaban a Conrad.

Henry lo arrastró hasta debajo de la lámpara, le puso la soga al cuello y tiró tranquilamente del otro extremo. Conrad sólo reaccionó en el último momento, cuando se dio cuenta de que iba a morir.

Logró sacar el revólver mientras era izado, pero su disparo murió en el suelo.

Fue aquélla toda su música funeral.

Pataleó unos instantes mientras todos miraban en silencio su rostro congestionado, y luego cesó de moverse. Henry se sacudió las manos.

—El pobre tenía cariño a esta lámpara —dijo por todo comentario.

Uno de los vaqueros reaccionó de repente. Echó mano a su revólver, cuando Henry estaba de espaldas.

—¡Vas a pagar esto, maldit…!

Antes de que acabara la frase, una bala le atravesó la boca.

Henry, con el revólver engarfiado en la derecha, miró en todas direcciones. Vio que dos vaqueros más iban a empuñar sus armas y no les dio ninguna oportunidad. Antes de que desenfundaran, les atravesó las cabezas.

—Los tejanos, a veces, tenemos prisa —dijo suavemente—.

¿Alguien más quiere probarlo?

Nadie quiso.

Una oleada de viento frío parecía haberse abatido sobre los tumultuosos vaqueros, cuyas ganas de juerga habían desaparecido instantáneamente. Los vapores del alcohol también se habían disipado de sus cabezas.

—Hay que avisar de esto al patrón —gruñó uno.

—¡Cuando lo sepa arrasara la ciudad entera!

—¡Vamos!

—¡Mañana será el último día de Kansas City!

Todos se dirigieron en tumulto hacia la puerta, pero antes quisieron dejar su recuerdo.

Tres de ellos sacaron sus revólveres e intentaron cazar al tejano. Éste, que no había soltado su arma los despachó de sendos balazos en las cabezas —parecía tener predilección por aquel punto— aunque dos de los vaqueros lograron hacer fuego a su vez.

Se retiraron tumultuosamente, chillando y aullando, con esa especial cobardía que siempre tienen las masas. Poco más tarde se da al relinchar de sus caballos.

—A tierra —musitó Henry—. Van a tirar a través de las ventanas.

Pero todos los camareros y todas las chicas conocían ya aquel juego. Se habían tendido sobre las tablas, sin excepción, antes de que él terminase de hablar.

Un huracán de plomo deshizo los cristales del *saloon* y empujó los batientes, dejando cojas mesas y sillas. Pero no hubo ninguna víctima.

Poco después se oía el galope de numerosos caballos, y a continuación se hizo el silencio.

Todos los que estaban en el *saloon* se pusieron en pie. Todos menos los muertos, claro.

—Me entran ganas de dejar ese pingajo ahí —murmuró Ketty Ramsay, señalando el cuerpo de Conrad—. Para que sirva de ejemplo.

—Lo malo de estos adornos —dijo el tejano tranquilamente— es que no «duran» más allá de dos das.

Los rostros se volvieron hacia él.

Y entonces vieron todos que en su brazo derecho había sangre.

—¡Está herido! —gritó Rosanna.

—No tiene importancia. Es sólo una rozadura.

—Pero…

—Ha sido al disparar contra los tres últimos individuos —musitó Henry—. Una de sus balas me ha rozado ligeramente. Dentro de una semana puedo estar bien.

—Pero la herida quizá se infecte —dijo Ketty Ramsay—. Esas cosas hace falta cuidarlas. ¿Tiene ya alojamiento?

—No. Éste ha sido el primer sitio en que entré.

—Le ruego que acepte mi hospitalidad. En la parte alta hay habitaciones de sobra.

—No deben molestarse. Hay hoteles en la ciudad.

—Todos han cerrado.

—¡Diablos!

—Debe acostarse en seguida, y yo avisaré al médico —decidió Ketty Ramsay, quien parecía haber recobrado del todo el dominio de sí misma—. Esto no tiene importancia si se lo curan pronto. Vamos, decídase. Esta noche, en Kansas City, no puede ir a ninguna otra parte.

Henry se encogió de hombros.

Miró todas aquellas bellezas, con los vestidos rasgados, que le miraban silenciosamente. En los ojos de todas ellas supo leer un oscuro deseo.

—Sólo me quedaré aquí una noche —susurró—. Ésa es condición insoslayable.

—¿Por qué tanta prisa?

—Porque si me quedo aquí más de veinticuatro horas, me entierran como a ése —dijo señalando a Conrad.

Y subió al piso superior tranquilamente, aunque dejando sobre la alfombra un leve rastro de sangre.

CAPÍTULO II

Conforme avanzaba el día siguiente, y conforme la noche se iba acercando, aumentaba la tensión en Kansas City, y sobre todo en el *saloon* de Ketty Ramsay.

El día había amanecido turbio, y después empezó a llover. El agua caía en regueros desde los tejados de las casas, rebotaba en los porches y formaba en las calles un barro cada vez más espeso. Apenas nadie circulaba por la ciudad. Con todos los establecimientos cerrados, Kansas City parecía haber muerto.

Sólo el pastor de almas tocaba la campana cada hora, como para testimoniar que la ciudad aún seguía viva.

Pero aquello aún ponía más nerviosos a los que aguardaban tras las ventanas y las puertas cerradas, porque recordaban que, lenta e inexorablemente, se iba acercando la noche.

Naturalmente, todo el mundo conocía ya lo ocurrido. Todo el mundo sabía ya la amenaza que flotaba sobre la ciudad.

Durante el día los vaqueros aún tendrían trabajo con las reses, embarcando las primeras de ellas en los vagones del apeadero ferroviario situado a dos millas de la ciudad. Pero por la noche, sedientos de venganza, se lanzarían a la carga.

Fueron muchos los ciudadanos honrados que pensaron en formar una milicia armada, pero nadie se atrevía a dar el primer paso, a galvanizar a la gente. Poco a poco, conforme avanzaban las horas, fueron pensando que, al fin y al cabo, las iras de la gran manada irían sólo contra el *saloon* de Ketty Ramsay.

¿Qué importaba que lo incendiaran y que ahorcaran a todas las chicas? Al fin y al cabo —pensaban hipócritamente algunos «valientes»—, así la ciudad quedaría más limpia.

Después de quemar el *saloon*, la furia de los vaqueros se

consideraría ya saciada y todo terminaría en santa paz.

Pero no era eso, naturalmente, lo que pensaba Ketty.

Para ella las horas, los minutos, renovaban implacablemente la amenaza. Para ella cada instante nuevo la acercaba al instante fatal.

Las chicas estaban reunidas en el *saloon*, pensativas, masticando su propio miedo.

Habían sido retirados los cadáveres, pero la atmósfera, de muerte aún se respiraba en el local.

Muchas de ellas pensaron en huir, pero ya en el mismo momento de pensarlo comprendieron que era inútil. Prácticamente las manadas rodeaban la ciudad entera, de modo que era inútil aún, porque nadie querría admitirlas. Nadie. Lo peor que podía ocurrir era que, a la hora de la venganza, los vaqueros no encontraran a las muchachas y tuviesen que ir buscándolas casa por casa. Ello no haría más que multiplicar y extender la muerte.

El sonido de la lluvia parecía haberse metido en todos los cerebros, en todos los corazones.

Hacía frío, y el espectáculo triste de la calle llena de barro aún deprimía más el ánimo.

Por fin, hacia las seis, Ketty Ramsay no pudo más.

—¡No quiero morir en una noche como ésta! —gritó—. ¡No quiero!

Fue a su habitación, tomó un abrigo y un paraguas y caminó a lo largo de los porches vados en dirección a la oficina del *sheriff*. El rótulo de ésta campeaba lúgubremente, estremecido por las rachas de viento.

Dentro de la oficina no se veía nadie.

—¡*Sheriff*! —llamó Ketty—. ¡*Sheriff*!

Nadie contestó.

La joven viuda rodeó la mesa, y debajo de ella vio unas piernas que sobresalían. Tiró de ellas, y le contestó un gruñido.

El único representante de la ley en Kansas City dormía abrazado a una botella. Dormía una mona descomunal, que al menos debía haberle durado veinticuatro horas.

—¡Miserable cochino! —masculló Ketty.

Y le escupió a la cara. Pero el otro ni se enteró.

La ley estaba completamente abandonada en la ciudad.

Ketty paseó una mirada desolada por la oficina y se acercó al fin

al armario de los rifles. La lluvia repiqueteaba con más fuerza cada vez cuando regresó al *saloon* cargada con cuatro de ellos.

—Si tiene que haber pelea, la habrá —dijo sombríamente—. Esos cacharros, bien manejados, sirven para algo más que para espantar moscas.

Los dejó en la barra, pero supo que ni sus camareros, hombres ya demasiado maduros, ni las chicas, los manejarían en cuanto se desatase la tormenta.

Miró el reloj.

Las siete.

Estaba oscureciendo ya de una manera rápida. El ritmo de la lluvia aumentaba, llenándolo todo de tristeza.

Ketty subió al dormitorio del tejano Henry.

Éste tenía los ojos entrecerrados, y parecía sufrir un acceso de fiebre. La rubia depositó en él su mirada llena de preocupación.

—¿Qué ocurre? —preguntó él—. Hay mal ambiente, ¿eh?

—No tiene importancia.

—Más valdrá que me traigas un rifle. Liquidaré a unos cuantos desde mi ventana, antes de que la fiesta empiece de veras.

—Resultaría inútil Son muchos. Además…

—Además, crees que estoy bastante enfermo, ¿no es así?

—No…

Pero lo dijo de un modo lejano, impreciso.

—¿Qué te explicó el médico? ¿No quisiste decírmelo anoche?

—Tú mismo puedes adivinarlo. La cosa no es grave, pero tendrás un día o dos de fiebre. Y ahora la estás pasando. Se te nota en la cara que no te encuentras bien.

—No hace falta estar hecho un fenómeno para cargarse a unos cuantos con un rifle.

—Está bien, te lo traeré.

Cuando descendió a la planta inferior, Ketty Ramsay se sentía más animada. Estaba segura de que cada disparo de Henry significaría un vaquero muerto. Quizá después de todo, entrarían en razón, si se daban cuenta de que estaban dejándose la piel tontamente.

Subió algo de cenar al joven y depositó un rifle al alcance de su mano. Luego volvió a descender.

Las horas pasaban con lentitud angustiosa.

Las chicas seguían quietas, como estatuas, agarrotadas por su propio miedo.

Las nueve, las diez…

Nadie aparecía.

Ketty hizo repartir *whisky* a todos y siguió esperando. Pero nada sucedió.

El silencio era total, sólo roto por el chapoteo de la lluvia. Parecía como si la Tierra hubiese dejado de girar, como si el mundo entero se hubiese detenido.

CAPÍTULO III

Hacia las dos de la madrugada, todos comprendieron que el ataque no se produciría ya aquella noche.

Las reses son muy madrugadoras, y pronto empezarían a dar preocupaciones otra vez. Habría que dividirlas en grupos, impedir que se dispersaran y conducirlas a los apartaderos del ferrocarril. Todo aquello llevaba horas, y no era probable que se diera suelta a los vaqueros para un combate mortal, faltando tan poco tiempo.

Desde luego, nadie comprendía por qué los de la gran manada no habían atacado antes de las diez.

Hubieran tenido toda la noche por delante para su diversión y para su venganza. No se comprendía por qué habían dejado perder aquella magnífica oportunidad.

Sin duda atacarían a la noche siguiente, pero de momento la situación cambiaba de aspecto.

Ketty, que había hecho repartir varias rondas de *whisky*, decidió que todo el mundo podía irse a descansar.

—Pero yo quiero otro trago —masculló—. ¿No hay jerez?

El jerez era, lógicamente, una bebida rara en aquellas latitudes, y además muy cara. Uno de los camareros miró los anaqueles.

—Creo que guardamos alguna botella en el almacén —dijo—. Iré a buscarla en seguida.

Rosanna, que estaba somnolienta, se puso pesadamente en pie.

—Deja —susurró—, ya iré yo misma. Me conviene despabilarme un poco.

Para llegar al almacén había que salir del *saloon* por la parte trasera, atravesar un callejón y penetrar en un edificio contiguo que era muy grande y tenía la puerta cerrada siempre. Las existencias del *saloon* solían conservarse allí.

Rosanna descolgó las llaves, que estaban a un lado de la barra, y salió pesadamente por una puerta que había debajo de las escaleras. Parecía medio dormida.

—A ésa el viento le irá bien —dijo Mary.

—Mientras no se caiga por ahí…

Las dos muchachas que hablaban estaban bien lejos de suponer que decían la verdad, que Rosanna iba a «caerse».

Ignoraban qué clase de extraña y macabra aventura iba a empezar justo en aquel instante.

Capítulo IV

No acertaba con la llave que correspondía a la puerta. Tuvo que maniobrar largo rato, mientras la lluvia arreciaba y se transformaba en verdadera tormenta.

Rosanna notaba el agua deslizarse por su espalda desnuda. Sintió frío de repente, y lamentó haberse alejado del ambiente acogedor del *saloon*, donde al menos estaba en compañía.

—Siempre me busco líos —musitó para sí misma.

No sabía dónde estaba el jerez, pero esperaba encontrarlo en el inmenso almacén. En parte había salido también porque le gustaba curiosear entre aquellas grandes hileras de mercancías de todas clases, y que valían una pequeña fortuna.

La puerta se abrió al fin. Una oscuridad completa e impenetrable rodeó a la muchacha.

Ésta lanzó un bufido, mientras se sacudía el agua. Al menos allí se encontraba a cubierto. ¡Menudo sistema para despabilarse había elegido!

Sabía que había un farol portátil junto a la puerta y lo encendió. También había siempre fósforos junto a aquel farol. Una luz débil al principio, y luego cada vez más intensa, se proyectó sobre las largas estanterías que parecían perderse en el infinito.

La lluvia repercutía allí sordamente. Para que no faltase nada, se escuchaba el retumbar de algunos truenos lejanos.

«Pues menuda bromita…», pensó Rosanna.

Era bastante miedosa, y por un instante se le había ocurrido pensar en fantasmas. Pero una mujer de vida alegre, como ella, sabría que en el mundo sólo existen los hombres y el dinero. Los fantasmas no.

La luz fue proyectándose sobre las hileras de botellas. Casi todas

eran de *whisky*, la bebida preferida en la ciudad. Había también de *brandy* y de champaña, incluso francés, que se reservaba para las grandes fiestas y los clientes de importancia. El jerez estaba al final de la última estantería, en el fondo mismo del almacén.

Rosanna tendió la mano hacia una de las botellas.

Y entonces le pareció oír detrás de ella una risita lenta, burlona, chirriante.

Una risita que helaba la sangre.

La muchacha, con la botella en la mano, contuvo la respiración mientras se volvía poco a poco.

CAPÍTULO V

Lo que vio Rosanna la dejó sin aliento. No pudo ni siquiera gritar.

Tras ella tenía la figura humana más macabra que había visto en su vida. Era una figura que parecía arrancada de una pesadilla.

Vestía botas tejanas negras, pantalón también negro y un chaquetón de piel que no dejaba adivinar las formas que había debajo. Por eso Rosanna, que tuvo un momento de clarividencia, se dijo que no hubiera sido capaz de adivinar si se trataba de un hombre o de una mujer. El rostro estaba cubierto por una máscara también negra que no dejaba ver nada excepto los ojos. Y un sombrero del mismo color remataba, en fin, la alucinante aparición.

Aquellos ojos brillaban diabólica, satánicamente tras los dos orificios de la máscara.

Rosanna vio que dos manos enguantadas se acercaban a su garganta.

El horror pudo más que ella. El horror la atenazó.

Con ojos desorbitados vio avanzar aquellas manos, y vio brillar el signo de la muerte en aquellas pupilas.

De pronto el grito surgió largo, ululante, incontenible, de su garganta rota.

Logró esquivar el primer zarpazo y echó a correr. Su propia desesperación le dio fuerzas. Arrojó hacia atrás la botella que tenía en las manos y dio en el rostro del fantasma. Eso paralizó a éste unos breves segundos, justos los que Rosanna necesitaba para doblar el ángulo de la estantería.

Corrió alocadamente hacia la puerta exterior, mientras volvía a chillar como una poseída.

Pero la tempestad ya estaba encima de la población. El estampido de los truenos recorría la llanura.

Los gritos de Rosanna fueron ahogados por el rugir de la tormenta.

No se dio cuenta de que el fantasma corría por el otro lado de las estanterías, avanzando también hacia la puerta. No se dio cuenta de que los dos tenían que chocar en el mismo sitio hasta que se vio de repente frente a él, y hasta que otra vez tuvo la sensación de ver su propia muerte en aquella máscara negra.

Rosanna, con las piernas paralizadas, con el miedo clavado en el corazón, se detuvo unos instantes.

La risita se reprodujo.

Era un sonido infinitamente lento, infinitamente cruel.

Rosanna dio media vuelta, sintiendo que el horror penetraba ya hasta el fondo de su sangre, y regresó al otro lado del almacén, al darse cuenta de que el fantasma cubría la puerta de salida. En este momento no pensó en nada ni se dijo a sí misma que de ese modo se cortaba todas las posibilidades de huida. Sólo quería estar lejos de aquella horrible máscara negra, de aquellos ojos que la miraban diabólicamente.

De pronto se detuvo, con la sensación horrible de que algo había cambiado.

Se dio cuenta de que el silencio, en estos instantes, era espantoso.

La tempestad había entrado en un período de calma, y se aplastaba sobre Kansas City esa quietud pegajosa que siempre media entre los grandes conciertos del trueno. Tampoco se oían pasos; el fantasma no la seguía.

Rosanna se detuvo, atónita, y entonces se dio cuenta de que esto era peor que antes. Porque en los segundos anteriores ella estaba huyendo, pero veía a su enemigo. *Ahora no sabía dónde estaba*. Ahora cualquier sombra, cualquier reborde de la oscuridad podía ocultar aquella espantosa máscara negra.

Rosanna sólo oía el tictac, cada vez más intenso, de su propio corazón desbocado.

El pecho le dolía horriblemente.

Sus piernas eran como dos postes muertos, y por sus arterias parecía circular el hielo.

De pronto oyó un sonido lento, desigual.

Volvió la cabeza hacia allí.

Demasiado tarde se dio cuenta de que era una botella la que rodaba por el suelo. Demasiado tarde se dio cuenta de que aquello solo había sido hecho para desviar su atención.

De repente aquella risita lenta, macabra, se volvió a oír junto a su misma cara.

Rosanna trató de volverse y en aquel momento las púas afiladas, crueles, implacables, cayeron sobre su garganta.

Trató de huir, pero ya no pudo.

Las púas mordían su piel, y de su cuello roto brotaba un manantial de sangre.

La risita silenciosa penetró hasta el fondo de su cráneo mientras la estremecía a los espasmos de la muerte.

Rosanna lanzó un gemido sordo, ahogado, estremecedor, mientras caía sobre las tablas del suelo.

Una furia brutal, desordenada, repentina, se apoderó entonces del fantasma.

Empezó a sacudir las estanterías y a derramar botellas sobre la muerta, mientras un grito largo y ululante brotaba de su garganta.

Pero nada de eso llegó a oírse.

Fuera, sobre los tejados de Kansas City, repiqueteaba la lluvia y otra vez bramaba el trueno.

* * *

Ketty Ramsay, la dueña del *saloon*, descendió las escaleras que desde el piso superior llevaban a la planta baja y murmuró:

—Se ha puesto una noche de perros…

Sus ojos pasearon entonces, con cierto asombro, sobre el grupo de muchachas que esperaban en el *saloon*.

Faltaban cuatro: Mary, Isabel, Judith y Greta.

—¿Dónde están ésas? —preguntó, señalando las sillas vacías—. ¿Se han ido a dormir?

—No. Querían ir a cerrar algunas ventanas de la casa. La lluvia está entrando por todas partes.

—Ya.

Terminó de descender y se apoyó en la barra. Sus ojos se posaron entonces, irritada, en la silla vacía de Rosanna.

—¿Es que aún no ha vuelto ésa?

—No. Y es extraño.

—¿Cuánto tiempo necesita esa loca para buscar una botella?

—Mientras no se la esté bebiendo…

Ketty hizo un gesto a uno de los camareros.

—Vaya usted, Laurent. Mejor dicho, vamos. Le acompañaré.

Salieron los dos por la puertecilla que había bajo la escalera. Un par de chicas les acompañaron por curiosidad y porque ya empezaban a estar cansadas de tanta quietud.

La lluvia les golpeó fuertemente. Todas pasaron casi de un salto el estrecho callejón. Vieron abierta la puerta del gran almacén; el viento la batía y la hacía oscilar de un lado a otro.

Ketty fue la primera en entrar.

Laurent, el camarero, miró con aprensión en torno suyo antes de seguirla. Y con un movimiento instintivo, del que ni quizá él mismo llegó a darse cuenta, extrajo el pequeño «Derringer» que siempre llevaba remetido entre la camisa y el pantalón, debajo del delantal.

La luz del farol ardía al fondo, sobre la estantería donde Ketty sabía que se hallaban los vinos de las mejores marcas.

De un modo instintivo, desordenado, todos corrieron hacia allí.

Algo parecía decirles lo que había sucedido. Sus cuerpos parecían haber sido envueltos, de repente, por el espeso olor de la muerte.

Ketty se detuvo de pronto, cuando sus pies estuvieron a punto de resbalar sobre un líquido viscoso.

Alzó el farol, y entonces su garganta pareció romperse en un grito estremecedor. Aquel grito se propagó de un lado a otro, repercutió en todos los rincones del almacén, mezclado al estampido del trueno.

Todos se detuvieron estupefactos.

El cuerpo de Rosanna yacía cara al techo, y sus ojos inmóviles y espantosamente dilatados por el horror miraban al vacío. Su garganta era una inmensa brecha por la que aún brotaban algunos hilos de sangre.

Hacía muy pocos minutos que la habían matado. Pero evidentemente, ya nada se podía intentar por ella.

Ketty farfulló por un soplo de voz:

—Laurent, vaya a buscar al médico.

—Pero, señora…

—Vaya. Quiero que él la examine por si aún puede intentar algo.

Laurent huyó de allí. En realidad no deseaba otra cosa. Salió disparado y todos permanecieron quietos como hipnotizados, mirando el cadáver, sin darse cuenta de que allí corrían peligro porque el asesino aún podía estar allí.

Perdieron la noción del tiempo. Sus propias vidas parecían haber sido paralizadas por el horror que tenían ante los ojos. Las pisadas de los hombres que regresaban les produjeron un sobresalto.

Pinkerton, el médico titular de Kansas City, acababa de salir de una de sus borracheras, lo cual quiere decir que se hallaba en plena forma.

Observó el cadáver y masculló:

—¿Quién ha hecho esta salvajada?

—Si lo supiéramos ya estaría todo resuelto, doctor —susurró Ketty.

—Por lo que veo la han matado con esto.

Señaló con el mentón un objeto que nadie parecía haber visto antes, a causa del estupor y de la sorpresa.

Era un rastrillo largo y estrecho, de afiladas púas, varias de las cuales estaban tintadas de sangre.

—Es… es horrible… —balbució una de las chicas.

—Lo peor —dijo el médico—, es que no tiene explicación. Yo he visto muchos crímenes en Kansas City y su comarca, pero todo era, por decirlo así, «crímenes razonables». Es decir, muertes a tiros o a cuchilladas, como es normal entre hombres. Pero esto no. Esto es la obra de un loco… o de una loca. Miren.

Les señaló los ojos de la mujer, aunque todos soslayaron aquella visión macabra.

—Esa mujer no sólo ha muerto con la yugular desgarrada —indicó—. También estaba paralizada, casi medio muerta, a causa del miedo. Y no era miedo a la muerte en sí, porque yo he visto los ojos de muchos difuntos que la han palmado violentamente, y lo que reflejaban sus ojos era otra cosa. Esta pobre chica sintió terror porque veía «algo» que le helaba la sangre en las venas. Eso es lo que no comprendo.

Durante algunos instantes pesó un espeso silencio sobre las cabezas de los presentes.

El estampido del trueno había cesado otra vez. Una atmósfera irreal, de pesadilla, los envolvía a todos en este momento.

El médico dio unos pasos y examinó una de las altas ventanas del almacén, por la que entraban las ráfagas de lluvia.

—El asesino, fuera quien fuera, huyó por ahí —dijo.

—Pero si esa ventana está muy alta…

—Trepó por una de las estanterías y logró alcanzarla. Luego se descolgó por el otro lado con relativa facilidad. Eso indica dos cosas: que se trataba de una persona ágil y además de poco peso, puesto que no rompió ninguna estantería. Quizá se trataba de una mujer.

Miró a las que se encontraban allí. Vio que todas estaban mortalmente pálidas.

—No diga tonterías —susurró Ketty—. Una mujer nunca sería capaz de…

—Yo no digo nada. Me limito a exponer una opinión de hombre que tiene ojos en la cara. Pero el que debe decidir sobre todo esto es el *sheriff*. Avísenle inmediatamente.

Ketty hizo un gesto de asco.

—El *sheriff* está borracho. Está tumbado bajo una de las mesas de su despacho, igual que un cerdo.

—De todos modos avísenle. Puede que se despierte en cuanto oiga hablar de un asesinato.

Todas las mujeres que habían entrado en el almacén retrocedieron poco a poco, abrumadas, mirando hacia atrás, como si notaran en sus espaldas el aliento helado del asesino.

El único que no pudo retroceder fue Laurent, el camarero.

Había tenido que apoyarse en una de las estanterías y respiraba afanosamente, al borde del desmayo.

De tanto vivir entre *whisky*, ya no podía soportar la sangre.

* * *

Al amanecer, casi todo el mundo se fue a dormir excepto Ketty Ramsay. Ketty paseaba de un lado a otro, con la cabeza hundida entre los hombros, por el gran *saloon* vacío. Ahora que no la veía ningún cliente no se preocupaba de adoptar ninguna actitud seductora. En cierto modo podía decirse que había envejecido. Dos arrugas de preocupación surcaban su frente, y sus ojos se habían entrecerrado.

El *sheriff* apareció por la puertecilla que había debajo de la

escalera.

Aunque aún caminaba con pasos poco firmes, a causa de la reciente borrachera, sus ojos estaban más despabilados. La noticia del crimen le había vuelto en sí de pronto.

—Confirmo lo que ha dicho el médico —musitó—. Ha sido con aquel rastrillo, y en los ojos de la víctima hay miedo más que otra cosa. Ahora me interesa saber qué personas sabían que Rosanna iba a ir al almacén a por una botella.

—Lo sabían todas las chicas y todos los camareros del *saloon*. Yo misma le pedí que fuera.

—Pues entonces me interesa saber quiénes fueron los que se ausentaron mientras ella estaba en el almacén.

—Al regresar vi que faltaban tres chicas. Si no recuerdo mal, era Mary, Isabel y Judith. No, no… Eran cuatro. También faltaba Greta.

—¿Dónde estaban?

—Dijeron que oían batir las ventanas mal cerradas y que fueron a ajustarlas porque el ruido les ponía nerviosas.

—¿Fueron por separado?

—Sí.

—En consecuencia cualquiera de ellas pudo pasar al almacén y cometer ese crimen.

—No diga tonterías, *sheriff*. Por lo que veo, usted aún sigue borracho.

—Al contrario, después de una buena turca es cuando más cuenta me doy de las cosas. Oiga, Ketty, usted ha dicho que notó que faltaban cuatro chicas al regresar. ¿Al regresar de dónde? ¿Es que usted también se ausentó de la sala?

—Quizá unos diez minutos.

—¿Adónde fue?

—A mi habitación. Aunque a usted eso le importa muy poco, le diré que las ligas me apretaban demasiado. Quería cambiármelas.

—¿Puede demostrarlo?

Ketty se subió tranquilamente la falda y mostró dos leves líneas rojas en los muslos.

—Vea usted misma Diga si no tenían que hacerme daño.

Al *sheriff* se le pasó de pronto el resto de la borrachera.

—Mire, Ketty, yo no quisiera molestarla… De todos modos eso tiene que aclararse. Me pregunto si habrán sido los tipos esos que

están acampados cerca de la ciudad. Los de la gran manada.

—No es su estilo. Son bestias salvajes, pero matan cara a cara.

—¿Y ese joven herido que tienen arriba, en una de las habitaciones?

—Precisamente porque está herido no pudo haberlo hecho. Su brazo derecho está…

—Sí, ya sé… Tiene una rozadura de bala. Pero el médico me ha dicho que, por la dirección de los cortes, Rosanna fue atacada por alguien que empleaba la mano izquierda.

* * *

Fue a la barra, se sirvió silenciosamente un vaso y prosiguió:

—Supongo que ese joven no puede justificar de ningún modo el empleo de su tiempo.

—Repito que no diga tonterías, *sheriff*.

—No son tonterías. De un modo u otro hemos de averiguar lo ocurrido. Voy a hacer una cosa.

—¿Qué?

—Iré a darme una vuelta por el campamento de la gran manada, sin penetrar en él. No pueden impedírmelo. Quizá desde lejos pueda averiguar alguna cosa.

—No creo, pero en fin… ¡allá usted!

El *sheriff* salió al galope. La lluvia había cesado, y una magnifica claridad, limpia y fresca, se derramaba ahora sobre los campos.

Daba gusto vivir entre aquella atmósfera, pero en cambio todo Kansas City parecía una ciudad amenazada de muerte.

El hombre de la estrella regresó al cabo de una hora. Venía visiblemente sorprendido.

—No lo entiendo —dijo.

—¿Por qué?

—Nunca he visto gente más disciplinada que aquélla. He estado observándolos desde lejos. Dividen las reses en pequeños grupos, las conducen al apartadero del ferrocarril y las cargan. Por lo visto, hicieron un arreglo especial con la compañía ferroviaria, y desde el amanecer están saliendo trenes incesantemente. A este paso, cuando anochezca ya habrán terminado de cargarlo todo.

—Yo tampoco lo entiendo bien —susurró Ketty—. Para esos hombres la venganza suele ser la primera ley. No es fácil imaginar

por qué han preferido terminar el trabajo antes de arrasar la ciudad. Debían haber prometido a los vaqueros dos o tres noches de fiesta, y sin embargo esta noche pasada no los han dejado acercarse por aquí. De veras no lo entiendo.

El *sheriff* se sirvió otro largo trago. El tío aprovechaba, ahora que estaba seguro de que nadie iba a cobrarle.

—¿Ha observado algo anormal? —preguntó Ketty.

—Anormal es todo lo que le explico. Pero fuera de eso, nada. La gente trabajaba que daba gusto, y más bien parecía triste. En fin, trataré de reunir unos cuantos voluntarios para asegurar un poco de orden en esta ciudad. Quizá el león no sea tan fiero como lo pintan, al fin y al cabo.

—Menos mal que se le ha pasado un poco el miedo, *sheriff*.

El representante de la ley fue a decir algo gordo, pero se calló al ver que Ketty cruzaba y descruzaba las piernas.

El tío se quedó sin habla y salió.

Sobre el mediodía, después de una mañana de idílica paz, un tipo entró en el *saloon*. Era un desconocido y venía cubierto de polvo. Éste sólo detalle indicaba ya que había estado trajinando reses toda la mañana, pues después de la lluvia los caminos estaban húmedos, y un viaje normal, sin la compañía de miles de pezuñas, no le hubiera puesto de aquella manera.

El tipo parecía tener prisa. Miraba furtivamente a un lado y otro, y se adivinaba que estaba de un humor de mil diablos.

—Pronto, una botella —pidió.

En aquel momento era Laurent quien atendía la barra.

—¿Es usted de la gran manada? —preguntó.

—¡Claro!

—Lo siento, no quiero servirle.

—¿Qué dice?

Laurent acarició el rifle que tenía tendido sobre la barra.

—Bastante jaleo han armado ya, amigo.

—¡Llevo trabajando desde antes del amanecer! ¡Maldita sea! ¡He logrado escaparme diez minutos y quiero una botella! ¡Démela inmediatamente!

Laurent pareció reconsiderar la cuestión.

Al fin se encogió de hombros y sonrió incluso.

—Está bien, amigo, no se debe negar un trago a un hombre que

ha trabajado tantas horas. Al fin y al cabo no todos los de la gran manada han de ser gentuza. Le daré una botella de una buena marcha.

Se volvió de espaldas y la cogió de un anaquel.

—Tome, amigo —dijo volviéndose—. Son tres dól…

Quedó callado, atónito, sin terminar la frase, al ver el rostro del otro.

El hombre cubierto de polvo le amenazaba ya con un revólver. Sus ojillos brillaban siniestramente.

—No son tres dólares, sino tres balas —dijo con lentitud.

Y apretó el gatillo tres veces, dejando sin cabeza a Laurent. Luego tomó la botella y echó a correr, montando en su caballo de un solo salto. Uno de los camareros, que estaba en la trastienda, salió velozmente, pero ya no llegó a tiempo de nada, excepto de ver al fugitivo. Dos de las chicas asomaron por la barandilla del piso superior, chillando alocadamente.

—¡Asesino! ¡Perro maldito…!

Pero el otro escapaba ya a toda velocidad, clavando salvajemente las espuelas en los ijares de su caballo.

El *sheriff* llegó muy poco después. Estaba sencillamente trastornado ante todo aquello. Se llevó las manos a la cabeza y empezó a lanzar maldiciones diciendo que si arrasaría y que si quemaría el campamento de la gran manada. Pero de sobras sabía él que ninguna de aquellas amenazas podía cumplirse. Ketty Ramsay, que lo sabía también, y que además había apreciado sinceramente a Laurent, su empleado más antiguo, lloraba en silencio, con la cabeza hundida entre los brazos.

De pronto oyeron todos el sonido cantarino de unas espuelas, un sonido que descendía lentamente desde el piso superior. Alzaron la cabeza.

Henry, el tejano, se había vestido y aseado. Aunque llevaba el brazo derecho inmóvil y colgando a lo largo del cuerpo, podía manejar sin duda el izquierdo. Llevaba un solo revólver, que se había puesto precisamente en aquel lado.

Ketty le miró a través de sus lágrimas.

—¿Qué hace? ¿Está loco?

—Me siento ya mucho mejor.

—¿Pero qué pretende?

—He oído las voces desde mi habitación. Sé que se han cometido dos crímenes en pocas horas, y que la amenaza de los hombres de la gran manada es más temible que nunca.

—Aun así, usted no puede hacer nada.

—Quiero probarlo —dijo sombríamente Henry.

—Pero…, pero ¿qué pretende?

—Por la ventana he visto huir al tipo que cometió el segundo crimen —dijo tranquilamente—. Me llamaron la atención los disparos y me asomé. Por supuesto, reconoceré a ese fulano donde sea, de modo que tendré muchísimo gusto en ajustarle las cuentas.

—Sus compañeros se las ajustarán a usted, Henry.

—Eso aún se ha de ver. ¿Dónde está mi caballo?

—En la cuadra se lo darán, pero…

—Ni una palabra más. No me gustan los funerales antes de que a uno le maten.

Se dirigió a la puerta, ajustándose mecánicamente el revólver, pero antes de salir se detuvo ante un cuadro que colgaba de una de las paredes del *saloon*. Era una vista parcial de Kansas City, y su colorido y trazado resultaban muy notables. Evidentemente la persona que había hecho aquello tenía cierto talento.

—Es bueno —dijo mirando a Ketty—. ¿Dónde lo compró?

—No lo compré de ninguna parte. Me lo pintó mi marido.

—Caramba. Merece felicitaciones.

—Pues ya no puede dárselas. Está muerto.

Henry parpadeó.

—No sabía que fuese usted viuda, señora.

—Lo soy.

El joven paseó su mirada por encima de la cintura estrecha y fina, las caderas anchas y las redondas rodillas ceñidas por las medias.

—Entonces lo siento por el muerto —dijo lentamente—. Lo siento dos veces.

Y salió del local.

CAPÍTULO VI

Podía decirse cualquier cosa de los hombres de la gran manada, pero no que trabajasen mal.

Desde lo alto de la pequeña loma que dominaba el apartadero del ferrocarril, Henry contempló la ingente labor que habían realizado, en pocas horas.

Todas las vías del apartadero estaban repletas de vagones que iban siendo cargados sin cesar. Por lo visto, la compañía había puesto todos sus medios a disposición de aquellos estupendos clientes. Grupos de vaqueros conducían más y más reses, aunque al no divisarse más nubecillas de polvo en la lejanía, Henry dedujo que ya estarían terminándose.

El sol caliente había secado con rapidez la tierra, y las pezuñas de los animales levantaban ya buenas masas de polvo, sin llegar a las nubes irrespirables que se hubieran extendido sobre el terreno, caso de haber coincidido aquello con unos días secos.

Henry picó espuelas y descendió. Por los alrededores del apartadero nadie se fijó en él. Los vaqueros sudaban y trabajaban denodadamente. Henry miró con atención sus rostros, pero no pudo ver al tipo a quien buscaba. Debía estar en el campamento.

Se dirigió hacia él, cruzándose con manadas de reses que iban disminuyendo ya en número, acrecentando la opinión de Henry de que los vaqueros estaban a punto de terminar su trabajo en un tiempo verdaderamente récord.

Tampoco los hombres con los que se cruzó le mostraron el rostro que él buscaba.

Al llegar a lo que había sido campamento vio unos carromatos, cuatro o cinco tiendas y una enorme extensión de terreno que parecía haber sido asolada por un terremoto. Era la zona de tierra

que habían pisado miles y miles de pezuñas, y desde la cual las reses partían hacia el embarcadero.

Numerosos caballos pastaban en libertad, sin alejarse demasiado de los carromatos.

Daba la sensación de haber muy poca gente allí. Seguramente casi todos los vaqueros estaban dedicados al trabajo, y allí sólo quedarían los cocineros y unos pocos guardianes, además de los jefes o dueños de la manada, naturalmente.

Henry descendió del caballo, al que dejó en relativa libertad, cerca de los otros, y se acercó a los carromatos. Se veía, al fondo, el humo de una cocina de campaña. Dedujo que habría gente por allí.

Cuando pasaba cerca de uno de los carromatos le pareció oír unos sordos gemidos dentro de éste.

Gemidos de una mujer a la que estuviera atacando alguien.

Henry no se entretuvo demasiado en averiguaciones. Se acercó al carromato y descorrió la lona.

Estuvo a punto de recibir en sus mismas narices el taconazo de un zapato femenino.

Claro que la mujer no había hecho aquello por su propio gusto, ni tampoco enseñaba sus magníficas piernas por su propia iniciativa. Dos hombres la habían tendido en el fondo del carromato y trataban de dominarla, tapándole la boca y sujetándola férreamente de cintura para arriba. Por eso a ella no le quedaba más remedio que patear tan desesperada como inútilmente.

Henry dijo aburridamente:

—Bueno, amigos, basta.

Los dos se volvieron a un tiempo, asombrados, porque no conocían aquella voz. Henry no les dio ninguna oportunidad.

«Al que puedas matar ahora no lo mates después», era una norma que había aprendido en su deambular por la pradera.

Tiró dos veces, manejando hábilmente la mano izquierda, y voló las cabezas de los dos granujas.

Éstos lanzaron un doble aullido y cayeron hacia atrás, mientras la muchacha emitía un gemido y se incorporaba bruscamente.

—Siento que esos cochinos la hayan manchado con su sangre, señorita —dijo el joven tranquilamente—, pero desde luego estoy en situación de prometerle que no volverán a hacerlo más.

—¿Quién es usted?

—Me llamo Henry. ¿Y usted?

—Norma, Norma Key.

—Su apellido me suena.

Ella saltó del carromato, y en el último instante se cubrió las piernas, al darse cuenta de que enseñaba más de lo que debiera.

—Le estoy muy agradecida —dijo suavemente—. No sé qué hubiera ocurrido, de no ser por usted.

—¿Qué querían esos granujas? Bueno, la pregunta es casi ociosa. Lo que buscaban está bien a la vista.

Ella se sonrojó, mientras se mordía el labio inferior.

Era una chiquilla.

Era la chiquilla más deliciosa que Henry, el tejano vagabundo, recordaba haber visto en todos los días de su maldita vida.

Vestía de luto.

Sus cabellos de color castaño claro estaban desordenados después de la violenta lucha. Se los colocó más o menos en orden con un gesto, y luego volvió a mirar a Henry.

—Esos hombres no querían nada para sí mismos —farfulló—. Yo más bien tengo la sensación de que querían llevarme a algún sitio.

—¿Raptarla?

—Eso es. Raptarme para alguien.

—Alguien que luego hubiese hecho contigo algo peor, muñeca. Ya lo veo. ¿Pero cómo estás tú en este campamento vaquero donde lógicamente solo debe haber hombres?

—Eso te lo explicara.

Ella le indicaba una de las tiendas. Henry la siguió, mientras admiraba el movimiento cadencioso de sus caderas. Norma descorrió la lona, y entonces pudo ver Henry, con violenta sorpresa, que debajo de la tienda de campaña había un cadáver.

Un cadáver depositado en un ataúd hecho toscamente con tablas, y al que sólo hacía compañía un viejo barbudo, y que por su aspecto de sordo no debía haber dado los disparos siquiera.

Henry entró en la tienda con su calma tejana, mientras se quitaba el sombrero.

—Reconozco a este hombre —dijo suavemente—. Es Michael Key. Tenía fama de ser el mejor conductor de manadas de todo el sudoeste. Un tipo un poco loco, desde luego, y amigo de la juerga y del plomo, pero valiente y trabajador como el primero cuando hacía

falta. ¿Cómo es que te trajo contigo?

—Yo soy su única hija, y últimamente estaba algo enfermo. Le habían nombrado jefe de la gran manada antes de partir. El era responsable de bestias y de hombres. Tuve miedo de que le ocurriera algo y pedí cien veces acompañarle, hasta que él accedió. Mi única intención era cuidar de él.

—¿Ha muerto de enfermedad?

—De una enfermedad llamada plomo.

—¿Quieres decir que lo han asesinado? ¿Quién?

—No lo sé… ¡Dios santo! ¿Cómo puedo saberlo? Sólo puedo imaginar que ha sido uno de los vaqueros del grupo. Eso es todo.

—No me extraña. La gente contratada para la gran manada siempre ha sido de lo peorcito.

—Es que no se podía elegir —murmuró ella, con un soplo de voz —. Del mismo modo que los rancheros se reunían para hacer un transporte más seguro, también se reunían los cuatreros para sus ataques. La gran manada era la presa más apetitosa que podían soñar, y la atacaban por regimientos enteros. Los hombres que se enrolaban en una conducción así eran tipos a quienes nada les importaba nada. La muerte era para ellos una palabra vacía, a cambio de buena paga y absoluta libertad cuando se llegara al final del trayecto. Mi padre sabía tratarlos, pero yo… yo…

—Te sientes sola, ¿verdad?

Ella alzó la cabeza. Le humillaba mostrarse como una muchacha débil.

—He logrado dominarlos —dijo—. Todos reconocen que soy la hija del jefe. He logrado mandar a esa gentuza, y la prueba es que han trabajado firme.

—Ahora me explico por qué no atacaron anoche —musitó Henry para sí mismo—. La muerte del jefe les hizo olvidar por unas horas las ganas de juerga y de venganza.

—¿Qué dices?

La muchacha no le había entendido. Henry explicó en voz más clara:

—Me parece muy sospechoso el que tu padre haya sido asesinado y luego los hombres hayan obedecido con tanta rapidez tus órdenes para acabar el trabajo.

—¿Por qué te parece sospechoso?

—Porque es costumbre el que los compradores de la carne paguen ésta cuando ya está situada sobre los vagones del ferrocarril. A partir de ese momento se hacen cargo de ella. Y todas esas reses valdrán una fortuna incalculable, ¿no?

—¿Qué pretendes insinuar? El dinero se ingresa en un Banco. No íbamos a hacer el camino de vuelta llevando una fortuna.

—Los Bancos de Kansas City han cerrado.

—Tonterías. Mi padre ya me explicó que cierran para los vaqueros, para que no hayan tumultos, pero los mismos banqueros esperan en la estación, y extienden un cheque nominativo a cambio del dinero. Ese cheque es negociable en cualquier Banco de Estados Unidos, y no importa el hecho de que lo roben. Sólo se paga a la persona cuyo nombre figura en él.

—¿Has pensado en lo que podría suceder si el que mató a tu padre cobrara el dinero y se hiciese extender por el banquero un cheque a su propio nombre? Luego no tendría que huir con sus compinches a otro Estado y negociarlo. Dudo mucho que en Tucson, por ejemplo, no le hiciesen efectivo el importe, si no cometió ningún delito allí.

La muchacha reflexionó velozmente. Sus facciones se habían vuelto de color púrpura.

—¿Quién es el segundo jefe? —preguntó Henry.

—Yo debía asumir el mando en el caso de que mi padre faltase y…

—Pero durante la conducción había un segundo jefe, eso es seguro. ¿Cuál es su nombre?

—Cheney…

—Cheney resulta bastante conocido entre los medios ganaderos de toda esta comarca —masculló Henry—. Ha estado conduciendo manadas desde que nació, y también desde que nació ha estado matando hombres y violando mujeres. Nadie sospechará que pretende cobrar en nombre de tu padre. ¡Puede que lo esté haciendo incluso ahora!

Norma apretó los labios.

No quería creer en aquella posibilidad, pero lo cierto era que resultaba perfectamente lógica.

—¿Qué puedo hacer? —musitó.

—Vamos a ver al *sheriff*.

—¡El *sheriff* no podrá nada contra una cuadrilla de hombres dispuestos a todo!

—Sí que puede. Una advertencia suya bastara para que los compradores de la carne no paguen, o para que los banqueros se nieguen a hacer el depósito a nombre de otra persona que no seas tú misma. Además —añadió—, que algo terrible se prepara lo tienes en el hecho de que intentaron raptarte. Ese Cheney quiere todo el botín. «Todo», ¿entiendes?

Ella volvió a morderse el labio inferior.

—De acuerdo —dijo—. Vamos a ver al *sheriff*. Se nota de sobra que tú eres un hombre justo. Un hombre incapaz de disparar sin que le provoquen.

Henry dijo:

—Claro…

Justo cuando salían, se tropezaron con el hombre a quien Henry había visto poco antes huir del *saloon*. El que había asesinado a Laurent.

El fulano, claro, no le conocía a él, puesto que no le había visto nunca. Hizo un gesto de saludo a la muchacha.

—Buenas tardes, señorita Norm… —empezó a decir.

Henry no le dio tiempo de terminar siquiera.

De un tiro le voló la cabeza.

—Pero… —musitó Norma—. Pero… ¿qué… qué… te has cre… creído?

—Lo he hecho sólo para economizar —explicó Henry—. Si tienes que hacer enterrar a tres muertos, haz enterrar a cuatro. Te concederán una rebaja…

Y se quedó tan tranquilo.

* * *

El *sheriff* estaba en su oficina. Parecía completamente despabilado, y se despabiló todavía más al ver entrar a aquel monumento que hacía compañía a Henry.

—*Sheriff* —dijo éste, moviendo solo la mano izquierda—, le presento a Norma Key.

—Ese nombre me suena.

—Claro que le suena. Su padre, Michael Key, era uno de los mejores conductores de ganado. Este año dirigía la gran manada.

—¿Dice que «era»?

—Lo han apiolado. Por eso había tanta paz.

—¿Y quién lo despachó?

—No lo sabemos, pero la chica tiene temores bien fundados. Vamos, Norma, chiquilla, saluda a este señor y explícale lo que sepas.

Ella pasó por alto aquello de que la tratasen como a una colegiala. Estaba demasiado asustada para protestar.

Con voz entrecortada, expuso sus temores al *sheriff*.

Éste asintió dando lentas cabezadas.

—Todo es perfectamente posible —confirmó, cuando ella hubo acabado de hablar—. De todos modos he de tranquilizarla porque nada ocurrirá, al menos esta tarde y esta noche. Los compradores de la carne no han llegado aún. Sólo están los auxiliares que cuentan las reses, pero ésos no llevan dinero.

—¿Por tanto no se va a hacer ningún pago?

—Por lo menos hasta mañana, ninguno.

—De todos modos hable con los banqueros —advirtió Henry—. Es necesario que ellos sepan lo que ocurre.

—Lo haré esta misma noche.

En aquel momento oyeron un ruido junto a la puerta de la oficina. Los tres, que estaban vueltos de espaldas a ella, giraron rápidamente sobre sus tacones.

Dos hombres echaron a correr. Sin duda habían estado espiando, aunque era dudoso que hubiesen llegado a oír la conversación.

Henry llevó su izquierda al revólver, pero ella susurró:

—Por favor, no tires.

—¿Son hombres de tu grupo?

—Sí.

—Ahora ya saben que has pedido ayuda a la ley. Las cosas se pueden poner muy feas para ti, muchacha.

—Aun así prefiero no oír más disparos. Estoy harta de pólvora y de muerte.

Henry arqueó una ceja.

—Ahora, aunque quisiese, ya no podría apiolarlos, muchacha. Se han esfumado.

—Lo que acaba de suceder complica las cosas —musitó el *sheriff*.

—Por eso la muchacha no debe volver al campamento. Tiene

que quedarse en Kansas City.

—Los hoteles están cerrados.

—Mandangas. Haga que abra uno de ellos.

—Bueno, bueno… ¡Diablos! ¡Una complicación encima de otra! ¡No sé quién me manda a mí salir de la borrachera!

Norma se resistió.

—Mi padre está aún allí. Pensábamos enterrarlo mañana. Yo no puedo… ¡Es su última noche!

—Si vas allí puede que sea también la tuya, Norma. Es mucho mejor que te quedes en la ciudad, por lo menos hasta que se resuelvan las cosas mañana. Aquí corres también peligro, pero mucho menos.

Ella hundió la cabeza. Parecía resignada y vencida.

—Ven, yo te acompañaré —dijo Henry.

Antes de que saliera, llevándose a la muchacha consigo, el *sheriff* gruñó:

—Oiga, amigo.

—No se preocupe, *sheriff*. Encargaré habitación para uno.

—No me refería a eso. He visto que se desenvuelve muy bien con la izquierda. Saca el revólver de maravilla.

Henry sonrió secamente.

—Es que soy zurdo, amigo —dijo desde la puerta—. De nacimiento, ¿sabe?

CAPÍTULO VII

Mary, una de las bailarinas más antiguas del *saloon* de Ketty Ramsay, y una de las que más dinero había ganado en él, estaba intranquila.

Paseaba de un lado a otro de la habitación, con las facciones alteradas, sin acertar a meterse en el lecho, a pesar de que en la pequeña iglesia habían sonado ya las campanadas de la medianoche.

Le inquietaba lo sucedido a Rosanna, una bailarina casi tan antigua como ella. Habían llevado a Rosanna al cementerio pocas horas antes, al anochecer, y Mary nunca olvidaría su rostro exangüe ni la última expresión de horror que aún conservaba en los ojos.

Una honda desazón la dominaba.

La quietud de la noche, después de la tormenta y de los horrores de la noche anterior, pesaba sobre sus nervios como un veneno sutil, como una amenaza traicionera.

Sin quererlo, mientras paseaba de un lado a otro de la habitación, Mary recordaba tiempos pasados.

Recordaba cuando Ketty y ella, casi al mismo tiempo, se contrataron como bailarinas en aquel local. Las dos eran unas muertas de hambre y las dos tuvieron que pasar por los brazos de Karl, el dueño. Karl era un vicioso. Para él las mujeres sólo valían en cuanto le proporcionaban placer, pero Ketty había logrado hacerle cambiar. ¡Ah, Ketty sí que era una buena gata! Se las ingenió de modo que Karl no viese a ninguna mujer más que a ella, y se las ingenió además para acabar llevándolo al altar. Eso había sido lo peor, el terrible desengaño para Rosanna y para ella, Mary, que habían aspirado a lo mismo y habían puesto toda su maña en conseguirlo. No era que amasen a Karl —a quien, además, en el

fondo, les parecía un loco—, pero les seducía la idea de que aquel local llegara a ser suyo, con todo lo que eso significaba: riqueza, independencia, poder…

Pero Ketty se había llevado el gato al agua. Ella había ganado al fin, dejando a las otras dos con un palmo de narices.

Mary hacía su paso más rápido, más nervioso cada vez, de un lado a otro de la habitación cerrada.

Todo aquello había quedado muy lejos. Ella, en el fondo, ya incluso ni guardaba rencor a Ketty.

Mary oyó un ruido furtivo, que parecía haber sonado dentro de la habitación, y se volvió bruscamente.

* * *

Miró en torno suyo, con las sienes impregnadas de un sudor helado. No pudo evitar el pensamiento de que Rosanna también debía haber mirado así en torno suyo, la noche anterior, cuando oyó por primera vez las pisadas del asesino.

Pero ahora las circunstancias eran muy distintas.

Ella estaba encerrada en su habitación. Había hecho girar la llave por dentro. Se encontraba sola.

Aquel ruido se debía, sin duda, a uno de los ratoncillos ocultos en el armario. Desde tiempo atrás ella sospechaba que se habían criado roedores entre las viejas tablas. Tendría que pedir a Ketty que hiciera algo para exterminarlos.

Poco a poco el hilo de sus pensamientos volvió a unirse en el punto donde había quedado roto. Poco a poco Mary reemprendió sus nerviosos paseos de un lado a otro de la pieza.

No, ya no guardaba rencor a Ketty.

Ella, al transformarse en la dueña, les había pedido por favor que no se fuesen. Se lo había pedido a Rosanna y a ella, casi humillándose. Sabía que les había hecho daño, dijo, pero las cosas iban a seguir igual para las dos. No las trataría como una superior, sino como una compañera. Y la verdad era que lo había hecho así. Incluso cuando su esposo murió, pisoteado por aquella manada que entraba en las calles de la ciudad, y ella se quedó dueña absoluta, siguió tratando a Mary y a Rosanna con delicadezas que no tenía para las otras.

Pero ahora Rosanna había muerto.

¿Por qué? ¿Sería por aquello?

No, aquello era algo que ya no existía. Que parecía no haber existido jamás.

De todos modos Mary se sentía intranquila. De no estar la ciudad prácticamente sitiada, se hubiera ido aquella misma tarde con mucho gusto.

De pronto el ruido se reprodujo.

Ahora era dentro del armario. Estaba segura. Y era un sonido demasiado intenso para que lo causara un simple ratoncillo.

¿Habría ratas?

Mary no podía soportarlas. Si las había, deberían en seguida terminar con ellas.

Abrió la puerta del armario, de repente, y entonces aquellas dos zarpas negras, veloces como reptiles, cayeron sobre su cuello.

* * *

Mary vio la máscara.

Vio los dos ojillos negros y brillantes acechando detrás de los orificios. Sintió el mismo horror que había sentido Rosanna, pero mucho más desesperado y mucho más intenso.

Porque ella no tenía sitio para huir.

Porque estaba acorralada.

Intentó saltar hacia atrás, y la figura negra saltó con ella, sin soltarle el cuello. Mary se dijo que no era posible averiguar si se trataba de un hombre o una mujer, a causa de la especial anchura de sus ropas. Intentó saltar de nuevo hacia atrás y los dos cayeron sobre el lecho.

La extraña figura sujetó con la derecha el cuello de Mary, mientras con la izquierda buscaba en sus bolsillos algo. Sin duda era la izquierda la mano que manejaba mejor.

Ella lanzó un chillido largo, angustioso, inhumano, aun sabiendo que nadie llegaría a tiempo.

Pataleó inútilmente con sus hermosas piernas, mientras sus manos daban zarpazos al aire.

En uno de éstos, logró tocar la máscara. La arrancó de un solo golpe.

Y vio entonces el rostro.

Una expresión de horror, de pánico indescriptible y al mismo

tiempo de asombro se dibujó en el rostro de la hermosa.

Ya no era terror a la muerte. Era algo que no podía describirse, algo mil veces más fuerte que ella misma.

—No… —balbució, sintiendo ya en la boca un espeso sabor a sangre—. No puedes ser tú…

El fantasma había sacado con su mano izquierda dos largas púas unidas por un aro de metal. Las clavó brutalmente en la garganta de Mary, desgarrándola, mientras ésta repetía su angustioso alarido.

Pero ya la vida se le escapaba a chorros. Ya la yugular había sido seccionada.

El fantasma volvió a ponerse la máscara y abandonó el arma homicida. Luego miró en torno suyo.

Pasos febriles subían las escaleras. Al menos cinco personas se dirigían allí velozmente.

* * *

Cuando aquellas personas entraron en tropel, derribando la puerta cerrada con llave, vieron que las cortinillas de la ventana frontera eran movidas por una suave brisa. Aquella ventana estaba abierta. Por ella parecían penetrar las sombras de la noche.

Luego las cabezas se volvieron hacia el lecho, donde Mary se estaba desangrando.

Aún parecía quedar en ella un pálpito de vida, y por eso todos se lanzaron hacia la muchacha, intentado salvarla, o al menos hacerla hablar.

Pero era inútil.

Con la yugular seccionada, su muerte era cuestión de segundos. Tampoco podía hablar, porque su propia sangre la ahogaba.

Los ojos de Mary se iban volviendo vidriosos. El *sheriff*, que estaba casualmente en el *saloon* y era uno de los que habían entrado en la habitación, intentó arrancarle algunas palabras zarandeándola salvajemente.

Una de las chicas del *saloon*, que había subido también, le tocó en el brazo suavemente.

—Déjelo, *sheriff*. Sólo conseguirá matarla antes.

El *sheriff* miró en torno suyo, consternado.

Estaba tan hecho polvo que en este momento no hubiera probado una gota de licor ni aunque se la hubiesen dado gratis.

Cuatro chicas habían subido con él. Ninguna de ellas era Ketty, la dueña. No estaba tampoco Greta, una de las que faltaron igualmente cuando se cometió el primer crimen.

Ni, por supuesto, estaba Henry.

Aquel extraño tejano que movía tan bien la mano izquierda.

De pronto el *sheriff* recordó otro detalle y se acercó a la ventana. Miró a través de ella.

—No hay duda de que ha escapado por aquí. ¡Maldita sea! ¡Debía estar huyendo cuando entramos nosotros!

—No se culpe, *sheriff* —dijo una de las chicas—. El cadáver nos llamó más la atención.

—Llamad al médico. Quiero que me explique algunos detalles. Y llamad también a Ketty Ramsay, para que nos cuente dónde demonios se mete cada vez que se comete un crimen.

—¡No será capaz de sospechar de ella, *sheriff*!

—¡Tú, llámala!

Instantes después se presentaban las dos personas buscadas. Ketty Ramsay quedó mortalmente pálida y estuvo a punto de caer cuando vio el cuerpo desangrado de Mary.

El médico, en cambio, se acercó a ella, y apartó con una mueca de repulsión el arma que había servido para matarla.

—Como la otra vez —dijo.

—¿También con la mano izquierda? —preguntó el *sheriff*.

—Sí.

El rostro del representante de la ley se volvió hacia Ketty.

—¿Dónde estaba? —preguntó.

—¿Es que sospecha de mí?

—¡Conteste a mi pregunta!

—Descansaba en mi habitación.

—¡Pues la veo muy bien vestida, para haberla sacado de la cama!

—No me había desnudado. Solamente estaba echada y con los ojos cerrados un rato.

—¿Dónde está Henry?

El joven tejano apareció en aquel momento. Unos segundos antes de que llegara, fue anunciada su presencia por el sonido cantarino de sus espuelas.

Contempló los rostros medio crispados, medio atónitos que

estaban fijos en él.

—¿Qué sucede? ¿Qué es todo este tumulto?

—Mire.

Henry contempló la escena que se apreciaba sobre el lecho de la habitación. Y entonces sucedió una cosa muy extraña.

Aquel hombre habituado a la muerte, aquel hombre que había estado viendo sangre desde que nació, no pudo, al parecer, resistir la escena que ahora presenciaban sus ojos. Bruscamente se echó para atrás y tuvo que apoyarse en una pared. Todos tuvieron la clarísima sensación de que, de no ser por aquella pared, hubiese caído a tierra.

El *sheriff* gruñó:

—¿Qué le ocurre?

—Na… Nada.

—No me dirá que no ha visto nunca un muerto. Precisamente tiene usted una pinta de asesino que tumba de espaldas.

—Muertos de esa clase… no los he visto.

—¿Reconoce esto?

El *sheriff* tomó con cuidado el arma homicida, las dos afiladas púas unidas por un aro de hierro, y la puso ante los ojos de Henry para que éste pudiera verla bien.

La sensación de que algo extraño ocurría se materializó en todos a la vez. Los ojos de Henry quedaron prácticamente en blanco. Dio la sensación de que de un momento a otro podía caer a tierra. Al fin dio media vuelta y salió de la habitación. Su marcha no fue normal; más bien resultó una verdadera huida. Todos quedaron como petrificados, porque no podían imaginar huyendo a un tipo de aquella clase.

El *sheriff* gruñó:

—Si temiese que va a marchar de la ciudad lo detendría, pero creo que no se moverá de aquí.

—¿Por qué? —preguntó el médico.

—Tengo la sensación de que, si no es el asesino, al menos lo conoce.

—¿Qué es lo que le hace pensar eso?

—El sabe de alguien que mata con este sistema —dejó caer las dos púas junto al cadáver—. Por eso al ver esta clase de arma se ha impresionado tanto.

Todos se volvieron al oír un ruido extraño.

Una de las chicas acababa de desmayarse.

Las otras estaban lívidas, temblorosas, y se adivinaba que pronto correrían la misma suerte.

Pasada la primera excitación, la visión del cadáver ya se les hacía insoportable. El espectáculo de la sangre les horrorizaba.

—Sáquenla de aquí —dijo el médico—. Y ustedes váyanse también. Este asunto no tiene ninguna gracia.

Sacaron en volandas a la chica desmayada, bajándola a la planta principal del *saloon*, donde la tendieron sobre una mesa y trataron de reanimarla con algo de alcohol. Vieron entonces algo sorprendente.

Henry estaba allí.

Henry, el tejano, estaba quieto en el *saloon*, sentado ante el cuadro que había pintado tiempo atrás el difunto marido de Ketty.

No hacía un solo gesto. Era como si aquello le obsesionase.

Sus ojos sólo veían aquel pedazo de lienzo donde se representaba la calle principal de Kansas City.

* * *

Ketty Ramsay era la única que no había abandonado la habitación de la muerta; era la única que aún aguantaba firmemente el macabro espectáculo que allí se ofrecía.

Musitó:

—¿Qué va a hacer, *sheriff*?

—No puedo negarle que sospecho de usted.

—¿Por qué?

—Sólo tres personas no han estado a la vista de las demás mientras se cometían los crímenes. Han sido usted, Greta y ese joven.

—Le he explicado dónde estaba. Además, no tengo ningún motivo para ir matando a mis propias bailarinas.

—Lo supongo.

—Todas eran amigas mías y formaban parte de mi negocio. Sin chicas bonitas no hay espectáculo ni entra el dinero por las puertas. Y no crea que las chicas jóvenes abundan aquí lo que una quisiera. Lo que abundan son los vejestorios. No iba a ir matando a lo mejor que tengo.

—Me doy cuenta, pero de todos modos puede haber alguna razón, algo que nosotros ignoramos.

—Si cree que hay alguna razón, dígala.

—He empezado por exponer que la ignoro, pero puede haberla.

Ketty apretó los labios.

—¿Y qué me dice de ese tejano?

—Es el tipo más raro que he visto jamás.

—Pero él también puede ser el asesino, ¿no?

—¿Por qué, si no conocía a las chicas?

—Es zurdo.

—No crea que ese detalle no me ha dado que pensar. Pero me aferró a la idea de que no ha podido matar a esas chicas por la sencilla razón de que no las había visto jamás antes de ahora.

—¡Vaya usted a saber! Todas tenían una bonita historia, a pesar de su juventud, cuando dieron con sus huesos en Kansas City.

El *sheriff* reflexionó largamente. No podía negar que estaba muy confuso. El era un hombre acostumbrado a resolver las cosas a tiros, y aun así sólo el hecho de tener que pensar ya le molestaba.

—Puede ser un maníaco —insistió Ketty—. Hay tipos locos que disfrutan matando solo mujeres, al parecer sin motivo alguno. Lo evidente es que el ver esa arma le ha trastornado de verdad. Que ese hombre «sabe algo», me parece fuera de toda duda.

—Hay una tercera persona sospechosa —masculló el *sheriff*.

—¿Greta?

—Sí. ¿Dónde está ahora?

—No lo sé.

—¿Es que se ha ido sin pedir permiso? ¿No impone usted entre las chicas una disciplina muy rígida? Tiene usted fama de mujer amable, pero que al mismo tiempo no deja pasar nada.

—Yo sabía que esta noche no iba a tener clientes. Todo el mundo se ha refugiado en sus casas. Por eso advertí que cerraría el *saloon*, y que la que quisiera podía disponer de tiempo libre. Algunas, como Mary, subieron a su habitación para acostarse. Otras desaparecieron.

—La que me interesa es Greta.

—Puede haber ido a dormir a cualquier hotel de la ciudad. Puede que esta casa le diera miedo.

—Hay tres hoteles y los tres están vacíos —dijo pensativamente

el *sheriff*—. Todo el mundo se alejó a gran velocidad al saber que llegaba la gran manada. Desde hace una semana la gente ya no paraba en Kansas City si no era por auténtica necesidad. Hay demasiadas habitaciones aquí. Todo esto no me gusta nada.

—¿Qué tiene que ver lo de las habitaciones vacías? ¿Por qué dice que no le gusta?

El *sheriff* lanzó un salivazo a la pared.

—Diablos, porque el asesino, sea quien sea, tendrá demasiados sitios para ocultarse. Y porque si Greta está destinada a morir, como las otras dos, nadie la oirá cuando grite despavorida por las habitaciones solitarias…

* * *

Greta había entrado en el hotel. Para lograrlo había tenido que aporrear largo rato la puerta cerrada. Al fin un tipo con cara de sueño le había abierto.

—Diantre. Pero si es Greta.

Greta sabía que le gustaba al dueño del hotel, y por eso se ladeó para esquivar el primer zarpazo.

—Menos bromas, Richard. Lo único que yo quiero es dormir aquí.

—Oh, claro… Estupenda idea. Precisamente he enviado afuera a mi mujer y a toda la dependencia, al saber que llegaba la gran manada. Tú y yo podremos arreglarnos muy bien aquí juntitos, nena. Como dos enamorados.

—Si le doy un guantazo le vuelvo la cara del otro lado, Richard.

—¡Caramba, nena, qué modos! Cuanto más guapa, más bestia.

—Quiero que me aloje en su hotel durante un par de noches. No me gusta dormir en el *saloon*. Están ocurriendo cosas.

—Bueno, bueno, tú misma. Te daré la habitación tres. Es estupenda.

—¿Usted cuál tiene?

—La dos.

—Mire, so carcamal, deme la dieciocho. Es la que está más lejos.

—Queda al final de un pasillo. Te vas a sentir muy sola…

—No me importa, con tal de que no deje entrar a nadie en el hotel.

—¿Quién va a entrar? Si no lo hacen a la fuerza los salvajes de

la gran manada…

—Ésos no me dan miedo. Venga, adelante.

El dueño tomó un gran farol y subieron al segundo piso, el más alto, que era donde estaba la habitación dieciocho. Un pasillo ancho, pero muy oscuro y demasiado silencioso, llegaba hasta ella. Greta empezó a arrepentirse de haber venido allí.

¿Pero por qué tener miedo? Nadie entraría en el hotel. Estaría mil veces más segura que en el *saloon.*

Al menos mientras estuviera en aquella habitación, el fantasma que había asesinado a Rosanna y a Mary no vendría a atacarla.

Porque Greta había oído, justo al salir del *saloon*, los gritos desgarradores de Mary, y sabía que ésta estaba muerta.

No se había atrevido a volver a subir. Tenía miedo, demasiado miedo, para enfrentarse a aquel espectáculo horrible.

Richard intentó largar un segundo zarpazo.

—Mira, Greta, si tú quieres…

—¡Fuera!

—¡Caray! ¡Tienes peor genio que mi mujer!

Y el dueño del hotel se largó con el rabo entre piernas. Greta quedó sola.

Encendió la luz, y con un suspiro de cansancio empezó a desvestirse.

Abrió luego su bolso. Dentro estaban las cartas.

Eran las cartas escritas por la mano de un hombre que ya no existía, la mano de un hombre muerto.

Greta apretó los labios, mientras pensaba en lo que pudo ser y nunca fue.

Poniéndose en pie, paseó nerviosamente.

Cuando ella llegó a Kansas City tenía sólo dieciocho años.

Era la única superviviente de una caravana asaltada por los indios, en Utha, y el destino la había arrastrado hasta allí, hasta la tumultuosa ciudad ganadera. No tenía ni un centavo cuando puso los pies en Kansas City, pero en cambio tenía juventud y unas piernas capaces de hacer brincar a un muerto. Fue así como la descubrió Karl.

Greta apretó los labios al recordarlo.

Karl acababa de casarse con Ketty Ramsay, una de sus antiguas empleadas. En su intimidad Greta siempre la había considerado una

mujer ambiciosa y carente de escrúpulos, pero no podía detestarla porque ella misma, en el fondo, era igual. Ella también, desde que puso los pies en Kansas City, había querido convertirse en la dueña de la ciudad.

Con Karl todo eran facilidades cuando tenía delante una mujer bonita. A pesar de que, por decirlo así, estaba en plena luna de miel con Ketty, empezó a asediarla. No en vano era la más joven de las empleadas y la única que conservaba una relativa pureza. Karl hubiera podido conseguirla fácilmente siendo soltero, como antes, pero ahora no podía a causa de la presencia de su mujer. Eso le ponía enfermo.

Greta sonrió con acidez. Su sonrisa era en estos momentos la de una mujer vieja.

Karl había empezado a descararse con ella. Dijo que la necesitaba, que nunca había conocido a una mujer así. Le toleró que alternara con hombres en el *saloon,* pero de un modo rotundo prohibió que accediese a los deseos de ninguno de ellos, por mucho que le ofrecieran. Las demás lo notaron, incluida Ketty, pero nadie comentó aquello. Greta, a pesar de que aquella orden la perjudicaba, porque sus compañeras ganaban precisamente mucho dinero accediendo a los deseos de los clientes, supo aguardar su oportunidad.

En la imposibilidad de verla a solas, Karl había empezado a enviarle cartas. Eran misivas inflamadas e imprudentes, en las que juraba que lo vendería todo y que se iría con ella a San Francisco, donde fundaría un *saloon* cien veces mejor. Greta sabía que aquello era imposible, pero en cambio había guardado las cartas. Karl tendría que pagar mucho dinero si no quería que fuesen a parar a manos de su mujer.

Luego todo se había perdido. Precisamente cuando ella iba a asestar el golpe, Karl murió aplastado por una manada en las mismas calles de Kansas City. De su cuerpo no quedaron más que unos cuantos pingajos. En cierto modo fue un alivio, porque Karl estaba algo loco y en el fondo todas le temían, pero ella había perdido su gran oportunidad.

Ahora aquellas cartas no valían nada. Greta las había guardado hasta el último momento, por si aún surgía alguna oportunidad con ellas, pero estaba desengañada ya. Además nunca las emplearía

contra Ketty Ramsay. Ketty, a pesar de saber lo sucedido, porque no era tonta, se había comportado como una auténtica compañera cuando quedó dueña absoluta del local. No la despidió ni le hizo el menor reproche. Simplemente Greta fue una más entre las otras.

La muchacha ahora dejó de pensar en el dinero que podía haber ganado. Simplemente tenía miedo.

Tomó el paquete de cartas y lo depositó en la chimenea de la habitación.

Con la llama del quinqué, les prendió fuego.

Quieta, pensativa, contempló la destrucción de aquellos papeles que pudieron haberle dado la fortuna y que no eran nada.

Luego terminó de desvestirse y se introdujo en la cama, dejando la luz encendida. Pero de pronto pareció recordar algo; fue hacia la puerta y la cerró con llave por dentro.

No se dio cuenta de que, desde una de las ventanas de la casa frontera, alguien la había estado observando.

La casa frontera correspondía a un hotel cuyas habitaciones estaban enteramente vacías.

Y la persona que miraba llevaba la cara completamente oculta por una máscara negra. Sólo unos ojos satánicos brillaban en los dos orificios de aquella máscara, como dos puntos de muerte.

* * *

Henry aporreó la puerta del hotel. A pesar de su calma tejana, en esta ocasión parecía tener prisa. Y como sus puños eran de hierro, por poco se carga la puerta.

Richard, el dueño, le abrió, mirándole con ojos sobresaltados.

—Diablos…, ¿qué ocurre ahora?

—¿Está Norma Key?

—Claro que está. Usted mismo la trajo para que pasara aquí la noche. Y no ha salido.

—¿Se acostó?

—¡Y yo qué sé! ¡Infiernos, vaya nochecita! Ahora que no está mi mujer no hacen más que venir chicas imponentes que, en cuanto me acerco, dicen que van a romperme la cara.

—Llámela.

Pero no hizo falta. Norma Key, que estaba en una de las habitaciones de la planta baja, apareció al oír las voces. Iba

completamente vestida, y si Henry no hubiera visto tantas mujeres hermosas últimamente, hubiese dicho que era la más hermosa que había encontrado en su vida.

—¿Qué sucede, Henry?

—He pensado que deberíamos ver al *sheriff* otra vez, y cuanto antes mejor. Creo que, como tú conoces bien la situación de tu campamento, podrás indicar un sitio para salir de Kansas City. Yo te protegería hasta que estuvieras a salvo.

—Pero tengo que cobrar el importe de las reses. Soy responsable de ello, al faltar mi padre.

—Puedes hacer unos poderes al *sheriff*, y él mismo ingresará el dinero en un Banco. Contra ti podrían intentar algo, pero lo pensarán dos veces antes de atacar a un hombre que lleva una estrella.

Norma reflexionó velozmente.

—No es mala idea —dijo al fin.

—Vamos, entonces, a hablar con él ahora mismo. No hay tiempo que perder. Esta ciudad cada vez me gusta menos.

La muchacha salió. Abandonaron el hotel y se dirigieron a la oficina del representante de la ley, sobre cuya entrada brillaba una lámpara.

Pero dentro no había nadie. El *sheriff* aún debía estar en el *saloon* de Ketty. Las armas rebrillaban quietamente en el armario cerrado. Los reclamos de los hombres buscados llenaban casi una pared entera, detrás de la mesa de roble.

—Tendremos que aguardar su llegada —dijo Henry.

—De acuerdo.

—Apenas hablemos con él volverás al hotel. Es el único sitio donde te veo a ti relativamente segura.

—Y tan segura… —dijo burlonamente una voz.

Una voz espesa que acababa de sonar junto a la puerta, y que les hizo volverse bruscamente a los dos.

CAPÍTULO VIII

Había sido una voz ronca, rápida, pero no nerviosa. Por el contrario era la voz de un hombre que se siente muy seguro de sí mismo.

Lo vieron en la puerta exterior.

Era un tipo joven, cuadrado a causa de la potencia de sus músculos, que vestía una camisa negra, unos pantalones grises y unas botas tejanas de color.

Por el dibujo desdeñoso de sus labios, por el brillo de sus ojos, y la postura insolente con que se apoyaba en la jamba, resultaba fácil reconocer en él al pistolero profesional que nada teme, que está acostumbrado a patear a los hombres y a tratar a las mujeres como si fueran ganado, a pesar de lo cual le gusta que éstas le mimen.

Bastaba una mirada para darse cuenta de todo eso, y Norma que no era tonta, lo captó en un solo instante.

Sus labios volvieron a temblar.

—No esperabais que nos volviéramos a encontrar tan pronto, ¿verdad? —preguntó el hombre.

Se apartó un poco y entonces fue posible ver que tras él tenía otro hombre de parecido aspecto. Eran, pues, dos los pistoleros, y Norma sintió que el temblor espasmódico de sus labios se hacía más intenso.

A los dos los conocía Henry. Eran los que habían estado espiando en la oficina del *sheriff* horas antes, y por tanto resultaba inútil cualquier clase de disimulo ante ellos.

El primero avanzó lentamente hacia el fondo de la habitación, sin quitar los ojos de Norma Key.

No había mirado ni un solo instante a Henry, y por eso éste no pudo prever lo que sucedería.

La mano del forajido voló al encuentro de su mentón y le cazó

de tal modo, que le hizo rodar por tierra mientras sonaba un seco chasquido. El pistolero ni se molestó en mirarle, obrando con la naturalidad del que espanta a una mosca. En el suelo, Henry se palpó el mentón sin comprender bien aún lo que había sucedido.

El pistolero que venía detrás lanzó una carcajada.

—Le has cazado bien, Jimmie.

El primero ni siquiera volvió la cabeza.

—No tiene importancia, era fácil.

—¿Qué es lo que vamos a hacer con él?

—Eso lo pensaremos luego.

El llamado Jimmie puso los dedos apoyados en sus cintos-canana y sonrió a la chica como si la viera por primera vez.

—Creías que éramos idiotas, ¿no?

—Yo no creía nada. Sólo que sois unos miserables, una pareja de asesinos. Eso es todo. Mi padre no debió consideraros nunca.

—¿Y tú? ¿Qué creías tú?

Ahora Jimmie miraba a Henry caído en el suelo.

—Creí que os habíamos despistado —dijo éste con franqueza.

—¿Pero tú eres un niño o qué? ¿Tan tontos nos suponías?

—No suponía nada.

—Ahora vamos a llevarnos a la chica.

Su compañero gritó en aquel momento:

—¡Eh, Jimmie!

Norma, dándose cuenta de que estaba perdida, había lanzado una banqueta contra la cabeza de Jimmie. Éste se inclinó tratando de esquivarla, pero no lo consiguió del todo.

La banqueta se partió parcialmente sobre su cabeza, a pesar de lo cual el pistolero no hizo un solo gesto de dolor ni siquiera de sorpresa.

Simplemente lanzó una carcajada, mientras miraba a Norma Key con ojos llameantes.

La agresividad de la muchacha parecía haberle excitado. El verla allí tan agitada, con las mejillas enrojecidas por la indignación, con el busto palpitante, parecía despertar en él ideas secretas que hasta entonces no había concebido.

Su compañero lo notó.

—Cuidado, Jimmie…

—¿De qué he de tener cuidado?

—Ella pertenece al patrón, no lo olvides. Y la quiere bien entera.

—Cheney nunca sabrá nada.

El otro se mordió los labios.

—No debiste haber pronunciado ese nombre.

—¿Por qué?

—Por lo que tú sabes. El dijo que no lo mezcláramos en esto.

—¿Y eso qué importancia tiene ya? —preguntó Jimmie mientras lanzaba una carcajada—. ¿Quién crees que va a decirlo? Ella bien se enterará cuando Cheney la rodee fuertemente con sus brazos por la cintura. Y en cuanto a ese otro…, ¿es que piensas que va a salir vivo de aquí?

Dirigió una mirada de soslayo a Henry, que aún no se había levantado del suelo.

Y de pronto parpadeó.

—Oye, ¿a ti qué te pasa?

Era extraña la sensación de vacío que daban aquellos ojos. La sensación de que detrás de ellos, no había nada, sino un cerebro en blanco. Eran como los ojos de un niño, y sin embargo producían como un escalofrío.

Y eso fue lo que Jimmie sintió: un escalofrío.

Lanzó una nueva carcajada, intentando eliminar aquella sensación inexplicable y absurda.

Pensó en cómo mataría a aquel tipo. ¿Con un disparo, igual que se mata a un perro? ¿O de un tajo en la garganta, lo cual resultaría mucho más divertido?

Optó por esta última solución, e incluso llevó la mano derecha hacia el puñal que pendía de su cintura.

Pero no había prisa. Primero besaría a la chica y la acariciaría un poco, Cheney no sabría nada. Nunca sabría que había sido él, Jimmie el primer hombre en besar a la inmaculada hija del difunto jefe de la gran manada.

Se acercó lentamente a ella.

Sus espuelas sonaban quedamente en el silencio de la casa, como una música íntima y al propio tiempo canalla.

Norma Key se pegó junto a la pared, clavando materialmente en ella su espalda, sabiendo que no podía retroceder ya más.

Sus ojos desencajados. Vieron la boca del pistolero, vieron las manos ansiosas tenderse hacia ella.

A estas horas hubiese tenido que estar en su carromato, hablando con su padre del fin del viaje y del inmediato regreso al hogar.

En lugar de esto iba a ser besada por un pistolero, ultrajada tal vez, y luego llevaba a brazos de Cheney, donde el porvenir que le esperaba sería peor que el de una esclava negra.

Cheney era el salvaje más salvaje de la gran manada.

Gimió:

—No…

Pero sabía que era inútil. El pistolero llevaba la fiebre en sus ojos. En estos momentos se dejarían arrancar la piel antes de renunciar al capricho de besarla.

Miró a Henry, que no se había movido del suelo y se tocaba aún la barbilla dolorida.

Y pensó lo mismo que había pensado Jimmie:

«En sus ojos hay algo que produce miedo, pero da la sensación de que no piensan en nada. De que su cerebro es como el de un niño…».

Las manos de Jimmie la ciñeron por la cintura. Su boca buscó con ansiedad los turgentes labios.

Y entonces Norma Key, en su desesperación, volvió la cabeza. Y vio aquel cuchillo oxidado que había en la repisa de la chimenea, al alcance de su mano. Dios sabría los años que llevaba allí. Era un arma vieja y medio inútil, pero quizá serviría para matar.

No sirvió.

Jimmie, que era zorro viejo, había visto el cuchillo antes que ella. Y cuando Norma tendió la mano hacia el arma, él sujetó sus muñecas y se las retorció hasta que la muchacha tuvo que soltar la hoja de acero.

—¡Vuelve a hacer algo para defenderte, pequeña! ¡Así estás mucho más bonita aún!

El cuchillo salió despedido hacia el centro de la habitación, a mitad del camino entre Henry y el otro pistolero.

—¡No lo toque! —gimió Norma—. ¡No intente defenderme! ¡Sería peor aún!

Tuvo que callar, porque el forajido besaba ya su boca.

Los ojos de Henry brillaron entonces mirando el cuchillo, pero dio la sensación de que no era a causa de la escena que estaba

presenciando. Fue como si a ellos acudiera el recuerdo de alguna escena anterior, de un hecho vivido mucho tiempo atrás y enterrado para siempre entre las brumas del pasado.

¿Para siempre?

En los ojos de Henry hubo un brillo selvático, atroz, que duró sólo unos segundos.

Luego se lanzó hacia delante.

* * *

Fue extraña la forma en que empuñó el cuchillo. Produjo un escalofrío ver la facilidad con que volteó la hoja, con la que encaró hacia su primer enemigo.

Y, sin embargo, eran sólo sus manos las que actuaban así. El parecía estar pensando en otra cosa.

Jimmie se dio cuenta de que aquel tipo había empuñado el arma, pero no dio la menor importancia al hecho.

Susurró, dejando por unos segundos de besar a la chica:

—Liquídalo, tú mismo, Johnny.

—Okay.

Se oyó un estertor. Luego un ruido ronco y el gorgoteo angustioso de la sangre.

Jimmie comentó:

—Diablo, sí que has acabado pronto…

—Muy pronto.

No era la voz de Johnny. No era su modo de hablar. Jimmie se volvió, pálido como la misma muerte.

Y vio al hombre allí, en el centro de la habitación, empuñando el cuchillo tinto en sangre, mientras Johnny se llevaba inútilmente las manos a la espantosa brecha de su cuchillo, por donde se le escapaba la vida.

Lo habían degollado como a una res.

Jimmie lanzó una maldición y quiso sacar el revólver, pero ni para eso tuvo tiempo.

El cuchillo pareció volar hacia él, conducido por la mano de un gigante. Sintió el frío en la garganta, en sus nervios, en todo su ser. Lanzó un estertor al darse cuenta de que estaba bebiendo su propia sangre.

Y Henry ni siquiera le arrancó el cuchillo. Se lo dejó clavado allí,

mientras se contemplaba las manos.

Norma Key le miró desde su rincón, rígida como una muerta.

—Henry —susurró—. ¿Quién eres en realidad? ¿Es Henry tu verdadero nombre? ¿De dónde has venido?

* * *

Cheney estaba rojo de indignación. Las palabras no surgían de sus labios sino a borbotones, y a cada momento crispaba las manos delante de sus ojos inyectados en sangre.

—¿Pero es posible que en una ciudad tan conocida como Kansas City haya podido desaparecer una chica que además es una escultura viviente? ¿Y qué ha sido de Jimmie y de Johnny? ¿Y de Ferguson?

El más antiguo de los hombres de confianza, un pistolero llamado Clyde, susurró:

—Están muertos.

—¿Habéis visto sus cadáveres?

—El de Ferguson lo vio todo el mundo porque fue baleado el primer día ante el *saloon* de Ketty Ramsay, que es el más importante de la ciudad. En cuanto a los de Johnny y Jimmie, han aparecido esta mañana entre un montón de basura que había en la entrada de Kansas City.

Cheney pestañeó dos veces, como si no pudiera dar crédito a lo que estaba oyendo.

—¿Cómo los habían matado?

—Degollados.

—¡Eso no es posible! ¡Jimmie, sobre todo, era un as! ¡Era un cuchillero invencible!

—Pues debió encontrar a alguien que resultó más invencible que él.

Cheney se dejó caer en uno de los asientos de la tienda y bebió un largo trago de *whisky*. Luego miró uno a uno a los siete hombres de confianza que le quedaban hasta detener sus ojos en Clyde.

—¿Qué explicación dais a esto?

—Norma Key debe estar con alguien que sabe defenderla. Un tío que maneja el cuchillo como los mismos demonios.

—Mejor que Jimmie… Manejar el cuchillo todavía mejor que Jimmie. ¡No es posible!

—Las pruebas están a la vista, Cheney.

Cheney se llevó la mano derecha a los ojos, concentrándose mientras intentaba recordar.

—Un tío que maneja el cuchillo como un auténtico demonio… ¿Quién es? ¿Dónde lo he oído nombrar yo?

Se retinó la mano de los ojos, mientras en éstos brillaba una expresión recelosa.

¿Cómo diablos se llamaba aquel tipo que con el cuchillo en la mano adquirió fama de invencible en todo el Oeste?

* * *

Henry se estaba lavando en el pozo contiguo al hotel, cuando ella apareció en la puerta del patio.

Norma, por lo visto se había lavado antes de que él despertara. Iba perfectamente vestida. Sus cabellos estaban bien peinados y recogidos en un suave moño sobre la nuca.

Miró al hombre que iba desnudo de medio cuerpo para arriba. Advirtió la potencia de sus músculos, la amplitud de su pecho y el tamaño de sus puños, que parecían haber sido hechos para pelear.

Se dio cuenta también del vado que seguía habiendo en aquellos ojos.

—Celebro que no te fueras anoche —dijo él—. Cuando fui a dejar los cadáveres observé que la dudad estaba revolucionada.

—¿Cómo pudiste con dos muertos a cuestas? —susurró ella.

—No sé… No me pesaron mucho, después de todo.

—¿Qué eras antes? ¿Leñador? ¿Acaso uno de esos tipos que empiezan a descollar por las ciudades y que se llaman boxeadores? Tienes unos músculos como quizá no los he visto jamás en mi vida.

El hombre no se sintió demasiado halagado por aquellas palabras porque comprendió que Norma no hacía aquellos comentarios con admiración sino más bien con un poco de pena al darse cuenta de que aquella musculatura, al fin y al cabo, no servía para nada más que para la violencia.

Además daba la sensación de que el hombre estaba pensando en otra cosa.

—¿Qué eras? —insistió Norma.

El no contestó.

—¿Por qué no me respondes? ¿Eres acaso verdugo? ¿O te

dedicabas a cortar las cabezas de la gente?

—No puedo decir lo que era —musitó él.

—¿No puedes decirlo? ¿Por qué?

Henry, que ya había terminado de lavarse, se vistió la camisa lentamente, sin mirarla a ella.

En ese momento oyeron aquella cancioncita. Era una melodía que parecía surgir del mismo bosque, junto al cual estaban. Henry tardó en advertir que el que la silbaba era un muchacho que llevaba un caballo a herrar. El muchachuelo ni siquiera les había visto.

Norma susurró:

—¿Qué te pasa?

—Esa canción…

—Es una canción muy popular en todo el Medio Oeste. Seguro que la has silbado alguna vez. Y además es una canción muy tonta.

Con voz apenas audible, la muchacha se puso a entonar:

Yo tenía un viejo amor, un amor en una pequeña ciudad del Oeste.

Antes visitaba a mi amor, y ahora sólo visito una tumba, siempre la misma…

Henry susurró:

—Es una canción muy triste.

—¿No la recordabas?

—Precisamente al oírsela silbar al muchacho me ha parecido…

—¿Te ha parecido recordarla? Pero eso es un absurdo… Seguro que has tenido que entonarla alguna vez. En todos los *saloons* se hizo famosa. A pesar de que es una canción sentimental, la gente de mal gusto la canta entre risotadas. Tú quizá tal vez…

—Yo no la recordaba… —dijo Henry—, hasta ahora…

—¿Pero qué clase de hombre eres? ¿De dónde has salido? Henry no contestó tampoco. Parecía hundido en sí mismo, y como oculto tras el vado de sus ojos.

CAPÍTULO IX

El *sheriff* paseaba nerviosamente de un lado a otro con las manos a la espalda. Jamás el *saloon* de Ketty Ramsay le había parecido tan enorme como en aquellos momentos. Estaba habituado a verlo lleno de gente, de animación sin que uno pudiera dar dos pasos por él, y ahora, al verlo vado, se daba cuenta de que aquello era enorme. Ni una de las chicas estaba en la planta baja, pues todas se habían refugiado en sus dormitorios, a excepción de Greta que había buscado alojamiento en algún hotel de la ciudad. Sólo Ketty Ramsay estaba allí, con las piernas cruzadas, mostrando la línea larga y perfecta de sus piernas.

Pero el *sheriff* ni en eso se fijaba.

Ello indicaba lo asustado que llegaba a estar.

—No lo entiendo —susurró, al terminar una de sus vueltas—. Han transcurrido veinticuatro horas más. Yo he cobrado el dinero por encargo de Norma Key y lo he depositado en el Banco. Cheney, el segundo jefe, ha puesto cara de perro, pero ha tenido que aguantarse. Esos fulanos de la gran manada ya no tienen nada que hacer aquí. ¿A qué esperan?

—Esperan vengarse —dijo suavemente Ketty—. Quieren saciar su furia en la ciudad entera.

—¿Pues por qué no atacan?

—Por varias razones —dijo Ketty con la misma calma—. Una de ellas es que están esperando ponernos nerviosos. Otra razón es que ese tal Cheney no cuenta, en realidad, con tantos hombres como él quisiera. Buena parte de los tipos de la gran manada son gente levantisca, pero a la que no le gusta matarse por nada. Cheney tendrá, como máximo, seis o siete hombres fieles, y está esperando convencer a los otros. Cuando lo haya hecho, atacará. Quizá esta

misma noche… Por cierto, ¿cómo van sus esfuerzos para reunir un cuerpo de voluntarios, *sheriff*?

—Ha sido un desastre. Nadie quiere jugarse la piel. Lo que yo debería hacer es emborracharme otra vez y no enterarme de nada.

—Eso sería una cobardía.

—¿Sabe usted lo que me pagan? No quiero ser un héroe por una miseria.

Dio dos paseos más, hasta la pared del fondo. Luego se volvió, haciendo un gesto, como si se arrepintiese de lo que había dicho.

—Esos tipos de la gran manada siempre han traído complicaciones —dijo con lentitud—. Sobre todo para usted, Ketty. ¿No fue el año pasado, al llegar ellos, cuando murió su marido? ¿No le han dejado a usted un amargo recuerdo?

Ketty apretó los labios.

Diríase que le molestaba recordar aquello, pero no le gustaba hablar de los que ya estaban muertos. Pero musitó:

—Fue realmente un día antes de que el grueso de la gran manada llegara. Nunca lo olvidaré. Entonces aún tenían autorización para pasar las reses por el centro de la ciudad, y una punta de ganado, la avanzadilla de la gran manada, penetró en tromba. A aquella hora mi marido, Karl, que era un hombre muy meticuloso, siempre iba a la barbería a afeitarse y a leer el periódico. Fue sorprendido en medio de la calle y… No quedó nada de él. Bueno, usted lo sabe. Fue uno de los que recogieron su cuerpo.

—Sí. Y fue entonces cuando tuvimos pretexto para prohibir a los de la gran manada que entraran en la ciudad con sus reses. Al menos gracias a aquella muerte, Kansas City salió ganando algo.

Apretó los puños.

—¿Pero por qué no atacan de una maldita vez? ¿A qué diablos esperan? ¡Prefiero un tiroteo salvaje antes que está condenada incertidumbre!

—¡Cálmese, *sheriff*! Son ellos los que eligen, no usted.

El de la estrella chascó dos dedos.

—Bueno, no sirve de nada que yo esté aquí. En circunstancias normales agradecería el espectáculo de sus bonitas piernas, Ketty, pero hoy ni en eso me fijo. Voy a dar una vuelta de inspección por la ciudad. Ya es noche cerrada y quizá estén sucediendo cosas…

* * *

En efecto, era noche cerrada.

Un viento ululante acababa de nacer en la llanura y enfilaba con largos aullidos la calle principal de Kansas City. Todos los cristales temblaban. Las ventanas mal encajadas empezaban a gemir.

Greta, que había pasado una primera noche muy mala en el hotel, temiendo que le ocurriese algo, estaba ahora rendida de sueño y de cansancio. Como ya empezaba a sentir confianza y a pensar que, al fin y al cabo, nada ocurriría, se quedó esta vez prontamente dormida.

Tenía la sensación de que acababa de cerrar los ojos cuando la despertó el sonido de unos pasos avanzando lentamente por el otro lado de la puerta.

Eran unos pasos quedos y suaves, que se acercaban sigilosamente y luego volvían a alejarse. No obstante, habían conseguido despertarla.

Greta se sentó en el lecho, con las facciones bañadas en sudor, y vio a través de la ventana que la luna estaba ya muy alta.

Habían transcurrido bastantes horas. El miedo y una repentina sensación de frío la habían despabilado repentinamente.

El viento aullaba en las calles. Todas las ventanas crepitaban levemente.

De pronto la muchacha comprendió.

Toda su sensación de miedo se desvaneció inmediatamente, para ser sustituida por un ardiente rencor.

¡Aquel maldito Richard, el dueño del hotel…!

¿Qué se había creído? ¿Que por ser ella una bailarina tenía derecho a cualquier cosa? ¿Que habría dejado la puerta abierta y podría sorprenderla?

Ella le enseñaría cómo se trata a una dama.

Se puso en pie, tomó un atizador de la chimenea y abrió de golpe la puerta, dispuesta a moler las costillas al intruso.

Pero en el pasillo no había nadie.

Una lámpara situada a su final alumbraba el suelo de tablas y unas paredes llenas de sombras donde no se advertía el menor relieve humano.

El viento penetraba por las junturas y llenaba todo aquello de misteriosos susurros.

Greta sintió que renacía su miedo. Ella no se había equivocado antes. Había oído los pasos…

¿Pero dónde?

El recuerdo de Mary y de Rosanna le sobresaltó. Pero se dijo que quizá ellas habían muerto por cobardía, por no saber defenderse a tiempo.

Con ella no ocurriría lo mismo. Un solo golpe de aquel atizador de chimenea podía abrir un cráneo.

Avanzó lentamente por el pasillo.

Todos sus nervios estaban en tensión. El ruidillo del viento parecía sonar dentro de sus orejas, dentro de su propio cráneo.

Fuera de aquello, el silencio era total, absoluto, siniestro.

Greta llegó hasta el fondo del pasillo.

Nada.

Sentía el tactac de su propio corazón golpeando locamente dentro de su pecho, y se daba cuenta de que cuantos más minutos pasaban, más la atenazaba la garra oscura del miedo.

Veía brillar tenuemente la luz de su habitación, a través de la puerta abierta.

Las rodillas le temblaban. Tenía la sensación de que no sabría llegar hasta allí.

«No tenía que haber salido —pensó—. Tenía que haberme quedado encerrada en la habitación…».

A cada segundo que transcurría tenía más y más fuerte la sensación de que iba a saltar sobre ella una de las sombras que poblaban el corredor.

Los cabellos de su nuca se habían erizado. Un sudor frío le recorría las sienes.

Por fin llegó a la puerta.

—Dios santo… —susurró—. Dios santo…

Había caminado apenas cuarenta pasos, pero sin embargo se sentía al límite de sus fuerzas.

Bruscamente cerró con llave.

Ahora estaba segura, ahora, al menos, sabía que nada podría sucederle.

Miró aquella puerta como obsesionada, caminando de espaldas poco a poco, asegurándose cien veces de que la llave había dado la vuelta a la cerradura.

Sus rodillas tropezaron de espaldas con el borde de la cama.

—Al fin… —suspiró—. Ahora me siento segura.

Se dejó caer en el lecho, y de pronto quedó paralizada, rígida, sintiendo una marca de hielo en todos sus músculos.

¿Quién estaba junto a ella? ¿Qué era aquel cuerpo que la aguardaba en su propio lecho?

La risita silenciosa le advirtió de que había llegado el momento de morir.

Las dos manos negras aparecieron en su campo visual, una de ellas armada con dos púas unidas por una anilla de hierro.

Un arma igual que la que había matado a Mary…

Greta no necesitó volverse para ver a su lado aquella máscara negra ni los dos ojos que la miraban satánicos. No necesitó intentar gritar para darse cuenta de que a sus pulmones les faltaba aire.

Ni siquiera tuvo fuerzas para luchar.

El horror era tan intenso, tan absorbente, tan poderoso, que la ahogaba.

Cuando las púas se clavaron en su cuello ella ya ni siquiera sintió dolor. Casi aceptó aquello con gratitud, porque la muerte, que llegaba poco a poco, en oleadas de sangre, la libraba al fin y al cabo del abismo negro de su miedo.

CAPÍTULO X

Cuando, después del segundo golpe, se hubo convencido de que Greta ya no viviría, la misteriosa figura negra emitió otra vez su risita silenciosa y saltó del lecho. No parecía tener el menor interés en mancharse de sangre.

Vio que la hermosa mujer aún se debatía en los espasmos de la agonía, llevándose las manos a la garganta, sin fuerza para gritar.

El fantasma aguardó unos instantes, hasta que los movimientos de su víctima cesaron, y entonces emitió la risita silenciosa por última vez.

Hizo girar la llave y abrió la puerta.

Las tinieblas del pasillo envolvieron a la figura negra.

El fantasma avanzó lentamente, pausadamente, por la casa vacía. Sus ojos brillaban en las tinieblas.

Y de pronto una de aquellas puertas de la planta baja se abrió.

Alguien debía haber escuchado sus pasos y quería saber qué ocurría. El fantasma se encontró a menos de media yarda con el rostro atónito de una muchacha.

De pronto el rostro de aquella muchacha se crispó, pareció hacerse borroso, esfumarse en las sombras.

El miedo nubló los ojos de Norma cuando se encontró con aquel fantasma asesino delante mismo de sus pupilas. Fue a caer hacia atrás, sintiendo que sus rodillas cedían. Dos manos enguantadas la sujetaron, cayendo una de ellas sobre su boca para que no gritara.

Un brillo satánico animó los ojos que había tras la máscara.

Un oscuro y sangriento deseo movió las manos que ahora sujetaban a Norma.

Una de aquellas manos extrajo dos largas y afiladas púas unidas por una anilla. Aquellas púas aún rezumaban la sangre de su

anterior víctima.

Con un horror impotente y angustioso, con una desesperación que era más fuerte que su propio miedo a morir, Norma vio que aquellas púas se acercaban a su garganta.

El horror llegó a su paroxismo cuando una gota de sangre, caliente aún, cayó sobre su cuello.

De pronto una mano sujetó la izquierda del asesino. De pronto una figura que parecía gigantesca apareció tras él.

Aquella mano retorció salvajemente el brazo del asesino, hasta hacerle soltar su arma. El fantasma intentó revolverse. Fue entonces cuando una espuela se le clavó en el vientre.

Al llegar a la planta baja buscó la ventana de guillotina alzada por la cual había entrado poco antes.

El terrible aullido de dolor estremeció el hotel entero. El fantasma de la máscara se llevó las manos a la herida, mientras Henry recuperaba las púas caídas en el suelo.

Norma, tapándose el rostro con las manos, aulló:

—¡No!… ¡Nooooo!…

Su grito lacerante, angustiado no sirvió de nada. Henry parecía dominado por una fiebre mortal, por una furia loca. Su mano izquierda voló con las púas y las clavó en el cuello del asesino. Luego las desclavó y las volvió a clavar. Los aullidos del fantasma eran inhumanos. Un tercer golpe sirvió para arrancarle la careta.

La furia que dominaba a Henry parecía inextinguible.

Asestó tres golpes más, hasta dejar sin cuello a su enemigo, hasta que éste no fue a sus pies más que un pingajo sangrante.

Luego, jadeante, como si le invadiera una gran laxitud, como si no pudiera más, dejó caer el arma a tierra.

Norma contemplaba todo aquello con ojos dilatados por el horror, llevándose las manos a una garganta que era incapaz de emitir el menor sonido.

—Es un hombre… —gimió al fin—. Un hombre…

—El esposo de Ketty Ramsay —musitó Henry—. Karl, el antiguo dueño del *saloon*. No había muerto en realidad. Empecé a sospechar que algo de esto podía haber ocurrido cuando vi el cuadro que él pintó y que está junto a la puerta del local. Yo entiendo un poco de eso. Y había leído cierta vez que Karl Lawson, un pintor que empezaba a tener cierta fama, pintaba con la mano izquierda…

Se apoyó en una pared, mientras se restañaba el sudor que cubría sus facciones.

—Esta noche… esta noche me he librado de un viejo fantasma —susurró—. Era un recuerdo clavado en mi mente, una idea que no me dejaba vivir… Siempre que veía un cuchillo o un arma de púas me sentía inclinado a matar y no sabía por qué… En todos mis desafíos elegí siempre el cuchillo, y siempre vencí. Ahora comprendo por qué sentía ese oscuro deseo. Lo he recordado de repente, al exterminar a ese asesino. Cuando era muy niño vi cómo unos forajidos mataban a mi padre con las púas de un rastrillo. Yo… yo logré matar a uno de ellos con un cuchillo que tenía a mi alcance… Debía tener seis años entonces… Ahora recuerdo que me persiguieron por las habitaciones para exterminarme, y que yo perdí el sentido. Pero llegó el *sheriff* con sus comisarios y los colgó a todos. Cuando recobré el conocimiento no recordaba nada, pero desde entonces sentí un oscuro deseo de matar cuando algo afilado caía en mis manos… Dios santo… Creo que me he librado de mi pesadilla… Creo que esta noche he sentido eso por última vez.

—Quizá aquella canción estaba relacionada con tus recuerdos…

—Sí —suspiró Henry—. Uno de los forajidos la cantó al entrar en casa, antes de matar a mi padre. Por eso me alteré tanto… Me recordaba algo que estaba enterrado en lo más hondo de mi ser.

Norma estaba también apoyada en la pared. Respiraba ansiosamente. No podía más.

—Vamos —musitó él.

—¿Adónde?

—A ver a Ketty Ramsay. Seguro que ella tiene que explicarnos bastantes cosas…

* * *

Ketty Ramsay estaba en aquel momento en el gran almacén donde había sido asesinada Rosanna.

Un hombre se encontraba con ella.

Era un hombre alto, delgado, sinuoso, muy conocido entre los medios ganaderos, pues durante toda su vida había conducido manadas. Se llamaba Cheney.

Que aquélla no era una cita sentimental se notaba en la actitud de los dos. Porque los dos estaban separados, tensos. Porque ambos

se miraban como dos enemigos.

Un farol colocado sobre uno de los estantes, alumbraba la escena.

—Tienes que darme ese dinero —farfullaba Cheney—. Siete de mis hombres están ahí fuera, y las cosas acabarán mal para ti si yo les doy una orden. Además a mí me debes tu fortuna. Sin mí serías poco más que la querida de ese cerdo…

—Te equivocas. Era su esposa.

—Pero te consideraba menos que a una bailarina cualquiera. Sus groserías eran incalificables.

—Por eso decidí su muerte… —dijo con voz ronca y tensa—. No sólo fue por su dinero, por el deseo de quedarme con todo. También fue porque era un cerdo que debía morir…

Cheney emitió una risa áspera. Era un hombre acostumbrado a reír fuerte y a matar en serie. No entendía de delicadezas. Acercándose más a Ketty mascculló:

—Por eso te pusiste en contacto conmigo, cuando la gran manada estaba cerca. Me diste dos mil dólares y me dijiste el minuto exacto en que yo tenía que provocar una estampida en la calle. Karl era tan meticuloso… Pero justo aquel día Karl había tenido uno de sus extraños caprichos. Dio sus ropas más usuales a un viejo amigo que había venido a pedirte ayuda y le dijo que fuera a afeitarse a la barbería frontera. Justo a la hora exacta en que lo hacia él… Cuando recogimos la masa informe que quedaba de su cadáver, tú misma te confundiste. Claro que tu sorpresa debió ser buena cuando regresaste a casa.

—Creí que iba a matarme —masculló Ketty—. Sólo al recordarlo me estremezco.

—Menos mal que yo, el buen amigo Cheney, te venía siguiendo los pasos con la honrada intención de pedirte más dinero. Así llegué a tiempo y pude amordazarle y darle una paliza que lo convirtió en un muerto. Sí, a veces aún lo recuerdo… Yo tenía los puños llenos de sangre y aún pegaba, pegaba… Creí que lo había matado. Luego tú y yo lo sacamos por la noche y lo encerramos en una cueva de las montañas. Así ha estado casi un año, a pan y agua, hasta convertirse en un verdadero loco. Sólo a ti te obedecía, porque llegó a ser como un perro vagabundo. Besaba la mano que le traía comida y temía el látigo que tú empuñabas siempre. Dime… ¿fue

entonces cuando se te ocurrió? ¿Fue entonces cuando nació en ti esa idea diabólica?

—¿Qué… idea… diabólica? —musitó Ketty.

—La de vengarte de las tres mujeres que habían sido tus enemigas, las que habían intentado hundirte. Eran tres, solamente tres, y tú no las perdonarías nunca… ¿Crees que soy tonto? ¿Piensas que no oigo lo que se dice por la ciudad? Un fantasma sin cara… Alguien que mata con la mano izquierda… Adiviné en seguida que tú le habías pedido eso a Karl a cambio de una relativa libertad. El estaba ya completamente loco. Te obedecía y sólo ansiaba matar, matar… Pero eso te costará dinero, Ketty. Tú tienes mucho, y en cambio a mí me ha fallado el golpe que pensaba dar contra Norma Key. Sólo te pido diez mil dólares.

—Diez mil dólares hoy… Y diez mil el año que viene. Y al otro, y al otro… Sé de sobras que esto no terminará nunca.

—Sabes que soy un caballero.

—¡Sé que eres un granuja!

—No seas estúpida. En realidad me sigues necesitando. ¿Quién te va a librar al fin de Karl? Ahora que ha probado la sangre, es peligroso. Nadie te garantiza que no va a volverse contra ti… ¡Loca! ¿Es que no piensas? ¿Es que resulta mucho dinero diez mil dólares por librarte de ese monstruo que has creado tú misma?

Ketty respiraba afanosamente.

Todos sus músculos estaban tensos.

Su instinto de mujer acostumbrada a triunfar fuese como fuese, le impedía aceptar las condiciones de un hombre que sólo viviría para ordeñarla, que le sacaría año tras año hasta su último dólar.

Sus dientes rechinaron.

Cheney no se dio cuenta de que aquel cuchillo volaba hacia sus entrañas hasta que el brillo le advirtió y pudo esquivarlo en el último instante, aunque dejándose en su punta una tira de su propia piel. Lanzó una brutal maldición, mientras sacaba el revólver.

—¡Zorra maldita! ¡Por eso querías atraerme aquí! ¡De modo que era una trampa!

Tiró a través de la funda, atravesando el cuerpo de Ketty Ramsay. Ésta se llevó las manos a la herida mientras lanzaba un aullido terrible, cortante, y caía poco a poco, siempre con la espalda apoyada en una de las estanterías. Cheney fue a disparar otra vez.

—Tenías miedo de que mis hombres arrasaran tu *saloon*… —masculló Cheney—. Estúpida… Loca… Nada malo hubiera ocurrido a ti o a tu local, aunque quizá sí a tus chicas… Yo los hubiera contenido a tiempo… Pero ahora… ¡maldita perra!… ahora va a…

No llegó a terminar la frase ni a apretar el gatillo.

De pronto una voz gritó en el fondo del almacén:

—¡Cheney!

Cheney se volvió con la velocidad de un reptil rabioso, e hizo girar su revólver. La alta figura que había aparecido a unos diez pasos aguardó a que lo tuviera en línea de tiro antes de disparar con la mano izquierda. Y entonces le voló la cabeza. Se la voló tres veces, con tres balas seguidas.

Luego susurró:

—Apártate, Norma.

Por la puerta que había al fondo acababan de entrar varios pistoleros en manada. Eran seis o siete, no pudo contarlos. Pero Henry comprendió que estaría acorralado si no obraba con más rapidez que ellos.

Tiró una vez, mientras se dejaba caer a tierra.

El primero de los pistoleros lanzó un aullido, soltó su revólver y cayó de bruces a tierra.

Los otros se repartieron por el local, tirando en todas direcciones, mientras Henry se colocaba bajo un estante. Norma había hecho lo mismo y se estaba quieta, conteniendo la respiración incluso.

Henry vio las botas de alguien que corría. Se aproximaba velozmente a él, en zigzag.

El joven tendió una mano, sujetó una de las botas cuando pasaban junto a él, y el individuo se dio de bruces contra el suelo, lanzando una imprecación. Justo en el momento en que caía, Henry disparó una sola vez, atravesándole el pecho.

Con rápidos movimientos, recargó su revólver.

Los otros enemigos se movían como serpientes por el local. Pero Henry tenía la gran ventaja de que no le veían, y él podía estar seguro de que cualquier sombra correspondía a un enemigo, mientras que los otros no. Los pistoleros de Cheney tenían que asegurarse antes de disparar, para no eliminar a un compinche.

Empezó a arrastrase sobre los codos, saliendo de su escondite.

En una situación así, es vital cambiar de ángulo de tiro.

Vio otra silueta y disparó, pero esta vez no hizo blanco. Lo único que consiguió fue hacer estallar una botella de *brandy* sobre la cabeza de su enemigo. Éste debió pensar que, por una vez en la vida, una bala le hacía un buen favor.

De pronto unos pasos sonaron a su espalda.

Entre las sombras fantasmales que llenaban el almacén, Henry vio una silueta que se lanzaba encima suyo. Desde el suelo, cara al techo, disparó dos veces, la silueta, alcanzada en el vientre, soltó un cuchillo antes de caer con una trágica voltereta.

Otro enemigo apareció de repente al fondo del pasillo, demasiado cerca del farol y demasiado cerca también de los cadáveres de Ketty y Cheney. Su figura se recortó con claridad entre las sombras.

Henry tiró otra vez, y su enemigo saltó hacia atrás, como si lo hubiera empujado una repentina ráfaga de viento. Chocó contra la pared del fondo y quedó arrugado, sentado en tierra, al tiempo que por un impacto mortal iba escapando poco a poco toda la sangre de su cuerpo.

Los otros pistoleros que quedaban debían ser pocos ya, porque corrieron hacia la salida.

Henry se dio cuenta de que habían cambiado de táctica. Ahora iban a acorralar las puertas, mientras incendiaban el almacén. Si vacilaba un solo instante, Henry y Norma morirían quemados vivos.

—¡Voy a salir! —gritó—. ¡Lucharé contra ellos antes de que sea demasiado tarde!

El desafío podía ser mortal para Henry, ya que al menos había tres pistoleros fuera, y estarían ya apuntando hacia la puerta. Pero el joven no vaciló porque allí se jugaba también la vida de la muchacha.

Con los labios apretados dispuestos a todo, salió al exterior.

Vio a tres hombres que le apuntaban, y Henry supo que morirían todos. Los liquidaría a los tres, pero él tampoco quedaría con vida.

Lanzó un grito de pelea mientras encorvaba su cuerpo y disparaba una vez. Uno de los pistoleros se estremeció, alcanzado. Los otros dos también dieron extraños saltos, mientras en el aire quieto de la calle restallaban dos detonaciones de rifle.

El *sheriff* corrió hacia él, con un «Winchester» aún humeante,

viniendo desde el porche frontero.

—¡Uf! ¡Menos mal! ¡Creí que no les daba!

—¡Caramba, *sheriff*! ¡Qué buena puntería y qué oportunidad! ¡Cómo se nota que no está usted borracho!

El *sheriff* puso los ojos en blanco, mientras el rifle por poco escapaba de entre sus manos.

—¿Que no estoy borracho? ¡Hip! ¡Pero si acabo de beberme medio barril de ron! ¡Si yo sólo sé disparar cuando estoy como una cuba!

Vio como entre sombras salir a aquella preciosa muchacha del almacén. Y vio como Henry y ella se abrazaban.

—La gran manada siempre trae jaleo… —dijo filosóficamente—. ¡Mil diablos! ¡Y qué jaleos los de este año! Pero las cosas se repetirán… ¿Quién tendría la idea de situar Kansas City en las rutas del ganado? La gran manada volverá al año que viene, y al otro, y al otro… Y habrá nuevos jaleos y nuevas muertes. Aunque dudo… ¡Hip!… que sean como los de esta vez. ¡Para que no faltase anda hemos tenido hasta un fantasma! Yo… ¡hip!… tendré la mala pata de seguir siendo *sheriff* cuando la gran manada vuelva, dentro de doce meses… Pero voy a pillar la borrachera ahora… Sí, más de la que ya llevo encima… A lo mejor, con un poco de suerte, me dura hasta entonces…

Y se alejó haciendo eses mientras Henry y Norma, con las manos unidas, se miraban al fondo de los ojos.

Para siempre.

FIN